

mario ongay

la familia  
de las clases medias  
en méxico

**La familia**

El sistema familiar es muy antiguo y ha jugado un papel importante en el desarrollo social. Sin embargo, el estudio de la familia ha sido orientado hacia el aspecto económico de dicha entidad (Engels, 1953) o hacia los roles sexuales y funciones de sus miembros (L. Kapp Howe, 1972). Por otro lado, se ha estudiado a la familia desde el punto de vista psicopatológico, especialmente en lo que se refiere a la esquizofrenia (R. Laing & A. Esterson, 1971; T. Lidz, 1973).

Desde mi punto de vista, se ha descuidado el estudio de la familia como un agente intermediario entre el individuo y la sociedad, como un sistema multidimensional e interdependiente de otras instituciones sociales, así como su análisis con un enfoque interdisciplinario.

La familia, se puede decir, consiste en todas aquellas personas que viven o han vivido bajo un mismo techo, al menos por un tiempo significativo en la vida de sus miembros. Es así que se dice que una persona, un amigo, una sirvienta, que han pasado un periodo largo de su vida bajo el mismo techo de una familia, son como "si fueran de la familia". Este concepto amplio implica que no la consideramos necesariamente como un producto estrictamente biológico, sino que va más allá de dicha connotación. Naturalmente que se preguntará qué pasa con los primos, tíos, etcétera, los cuales no viven necesariamente bajo el mismo techo.

Para dicha estructura del sistema familiar usaremos el nombre de familia extendida, para diferenciarla de la familia nuclear, que se compone básicamente de los padres e hijos (B. Yorburg, 1973).

El hecho de que incluyamos en la definición de la familia a todos aquellos miembros que viven bajo el mismo techo, tiene relación con el concepto de sistema (M. R. Davis & V. A. Lewis, 1971). Este término es muy útil y viene a ser una contribución importante al entendimiento de la organización o institución llamada familia. Dicho concepto implica, en pocas palabras, que los elementos, en este caso los miembros de la familia, forman un sistema. Dicho sistema no se explica como la suma de los miembros, sino que es el resultado de la interacción y cualidad de las relaciones y transacciones entre los mismos. Esto implica que el sistema en su totalidad va a depender de la presencia o ausencia de cada uno de los miembros.

De esta manera, cualquiera de los miembros es relevante y de gran importancia al sistema. Así, un miembro que se ausenta modifica el sistema; esto puede ser debido a la muerte, al matrimonio u otro motivo, en el caso del sistema familiar. Por ejemplo, he observado familias donde existe un padre alcohólico; al morir éste, la relación simbiótica anterior entre el esposo y la esposa se desplaza hacia el resto de la familia como un todo, para convertirse en el símbolo y sustituto del miembro alcohólico. En dichas circunstancias, la madre se aferra al resto de la familia y actúa en forma maternal y patrocinante hacia todos los miembros, como si la familia representara las características y cualidades del esposo perdido y ausente. En otras familias, el desplazamiento no es hacia el resto de ella, sino hacia uno de los miembros, al que se identifica como el miembro sustituto del esposo alcohólico; la madre actúa hacia dicho miembro como si estuviera totalmente desvalido y desposeído de fuerzas para sobrevivir y andar con sus propios pies. Dicho miembro va, naturalmente, a perder cualquier posibilidad que tenga de independizarse y lograr un sentido de autonomía, además de sufrir un problema serio de identidad, pues la madre va actuar hacia él como si fuera el mismo retrato del esposo alcohólico. Aquí podemos introducir el concepto de subsistema, el cual consiste en la representación de un miembro o combinación de miembros como parte integrante del sistema total. Así hablamos del subsistema padres, hermanos, abuelos, etcétera. Los subsistemas pueden tener formaciones naturales, por así decirlo, como en el caso de esposos e hijos, pero en ocasiones se forman alianzas y combinaciones entre padre e hijo, o tía y sobrino, etcétera, las cuales vienen a ser detectadas después de un cuidadoso estudio de la dinámica y constelación familiar.

Cada familia tiene, como sistema, sus propias características. No

hay una familia igual a otra, como no hay un individuo idéntico a otro. En esta forma, la familia tiene un estilo propio de ser y una serie de cualidades y atribuciones que determinan un estilo de vida. Dicho estilo de vida tiene una serie de normas y regulaciones, las cuales son compartidas explícita o implícitamente, consciente o inconscientemente, por todos los miembros. Aquellos miembros de la familia que por diversas circunstancias no siguen las reglas y regulaciones del sistema, van a causar una perturbación al mismo y, por lo tanto, a exigir un esfuerzo de reajuste e integración de parte de los demás. Los miembros tratarán de ejercer presión para que continúen las normas del juego y sigan jugando el papel designado por el sistema, para que de esta manera se mantenga la homeostásis o equilibrio de la institución. Dicha tendencia al equilibrio se encarga de mantener unidos a los miembros y contiene la fuerza que provee cohesión y lealtad entre ellos. En el momento en que dicha homeostásis empieza a fallar, existen signos de displacer entre los miembros y se puede observar un proceso de descompensación en el sistema.

Dicha tendencia a la estabilidad no opera exclusivamente dentro del sistema, o sea, que no es únicamente un proceso intrasistémico, sino intersistémico. Esto quiere decir que la familia se convierte también en la fuerza de cohesión social, al mantener elementos de lealtad y alianza hacia otros sistemas. La familia se convierte en el agente transmisor de valores y tradiciones, para dar lugar a procesos sociales tales como el nacionalismo, el patriotismo, el regionalismo, etcétera. La familia, como organismo homeostático, va a proveer no sólo la estabilidad de sus miembros, donde encuentran seguridad, protección y un ambiente propicio para el crecimiento y el desarrollo, sino que también será una fuerza reguladora entre los orígenes y raíces de su gente, las fuerzas de cambio social y tendencias a la modernización, así como un balance entre la identidad y el progreso. Es en esta forma que la familia tiene relación y relevancia no sólo con la psicología individual y la psicopatología, sino con la sociología. La familia, de esta manera, tiene muchas funciones, las cuales pueden explicar diversos fenómenos sociales que van desde el desarrollo del niño hasta la comprensión, formación y decadencia de las culturas; la cohesión, la integración y homeostasis de las sociedades, como la desintegración y desequilibrio de las mismas.

### **Dimensiones de la familia**

La familia, incluyendo abuelos, padre e hijos, conforma un sistema, el cual representa la institución llamada familia extendi-

da, que se compone por lo menos de tres generaciones. El entendimiento y la comprensión de la dinámica de dichas generaciones nos brinda la oportunidad de estudiar a la familia en varias dimensiones. El motivo para hacerlo de esta manera, entre otras razones, es el hecho de que los abuelos, vivos o muertos, influyen en la mente y en la conducta de los padres y los hijos, directa e indirectamente. La importancia de los suegros es aceptada, principalmente, por los recién casados. En algunas sociedades éstos juegan un papel más importante que en otras, así como merecen la atención o la desatención de los gobiernos, la familia y la sociedad en que viven.

En México, los abuelos juegan definitivamente un papel importante en la familia no sólo desde el principio del matrimonio, sino durante toda la vida del mismo. La costumbre de poner a los ancianos en sitios especiales donde puedan pasar el resto de sus vidas no es una práctica frecuente. No se trata de que necesariamente vivan en la casa de sus hijos, pero si están solos o si no pueden sobrevivir por sí mismos, la familia no se plantea la duda de integrarlos de alguna manera a la misma; si no en la misma casa, al menos en un lugar relativamente cercano donde puedan ser vistos con frecuencia y protegidos, si es necesario. Este tipo de dinámica ha funcionado en México así y no es fácil predecir hasta cuándo perdurará.

En este país, los abuelos son seres respetados, sin importar, en ocasiones, las impertinencias de algunos de ellos. Los hijos de éstos demandan dicho respeto a sus propios hijos y de esa manera se vuelven en ocasiones vigilantes celosos para mantener una actitud que, a veces, alcanza el grado de veneración. Los abuelos, a su vez, comprenden la importancia que tienen y procuran suavizar el impacto de su presencia ante los nietos, a veces llevando dicha flexibilidad al absurdo. La influencia que ellos puedan tener depende, en parte, del poder que los padres les otorguen y, en ocasiones, de qué tanto puedan ayudar económicamente a los yernos para sacarlos de apuros financieros en situaciones de crisis. Dichas crisis pueden no ser de tipo económico, sino también emocional. En ciertos casos de separaciones de la pareja, o ausencia de uno de ellos, es frecuente que se recurra a los abuelos como objetos transicionales y de consuelo.

Por otro lado, la influencia de los abuelos puede ser usada para crear rencillas en la pareja, debido a celos, rivalidades y lucha de poder con el nuevo miembro de la familia. Dicha lucha no desaparece en todo el matrimonio, si no que se establecen límites a las relaciones y se aclaran los roles y funciones de cada uno en la constelación familiar. En dichas ocasiones el interjuego de lealtades explícitas e implícitas toma una dimensión relevante.

Los abuelos tienen un efecto de transición entre generaciones. Ellos transmiten ciertas tradiciones y valores a la siguiente generación y, por lo tanto, juegan un papel social y cultural relevante. El grado de influencia y la flexibilidad que ejerciten dan al sistema familiar la posibilidad de lograr un sentido de continuidad y no necesariamente de estancamiento. El grado de ayuda, de calor humano y sentido de continuidad, son aspectos importantes para la estabilidad emocional de la familia, y los abuelos pueden ofrecer dichas posibilidades. Sin embargo, cuando existe rigidez, falta de límites en los roles y funciones y expectativas tradicionales irreales, donde no se toman en cuenta los cambios históricos, el balance de la familia resulta afectado negativamente.

Los padres, como subsistema, siguen la tradición de trabajar y vivir para los hijos: el hombre trabajando fuera de la casa y la mujer dentro de la misma. El hombre gana el pan de cada día y la mujer se hace cargo de que los hijos se vistan, se bañen, vayan a la escuela, coman y duerman a sus horas. No existen transgresiones en dichos roles, más que excepcionalmente.

La mujer es, generalmente, la mujer de su marido. Sin embargo, como mujer no tiene mucha importancia. A pesar de que el esposo suele decir "mi mujer", ella juega menos el papel de mujer que de madre. En realidad, lo que el hombre quiere decir, y generalmente es aceptado socialmente, es que la mujer es la madre de sus hijos. Como tal, no juega un papel importante, realmente gratificante para la vida sexual del hombre. Sexualmente, el hombre dirigirá la vista hacia otras mujeres y creará que en ellas encontrará la verdadera satisfacción y goce sexual. La mujer, por su lado, participará consciente o inconscientemente en las fantasías de su esposo, en forma silenciosa, y buscará la compensación en sus hijos. De esta manera, ella permanecerá en casa, fuera de toda participación económica, política y cultural dentro de la sociedad. Debido a la falta de expansión en todas estas áreas, desde la sexual hasta la cultural, su grado de sofisticación es limitado y restringido, y su habilidad para comunicarse con otras madres de familia o con hombres a un nivel no sexual, es limitada. Su aislamiento es un círculo vicioso, pues es apoyado por el hombre, que no quiere competencia alguna con mujeres, así como tampoco le gusta la idea de que la esposa sea vista y validada por otros hombres como MUJER. La mujer mexicana de clase media dispone de bastante tiempo para desarrollarse en general, pues cuenta con mano de obra relativamente barata para hacer el quehacer de la casa. Sin embargo, limita y restringe sus funciones volcando su interés, atención y la satisfacción de sus necesidades en sus hijos.

La madre, como rol, se ha mistificado en México hasta sus últimas consecuencias. Así, los hijos juegan papeles que vienen a

complementar todas las necesidades de la mujer, volviéndose objetos sustitutivos y de satisfacción de necesidades para ella. De esta manera, el padre, como figura periférica y de fin de semana, se queda aislado y al margen de la vida familiar, limitándose al papel de proveedor. Así, el rol de madre en la mujer y el de proveedor en el padre se han convertido en los prototipos de funciones naturales y predeterminadas. El hombre no está dispuesto, si la mujer quiere trabajar y educarse, a que salga de la casa por mucho tiempo. Las necesidades de dependencia en el hombre no se expresan fuera de la casa, pues tiene que seguir el patrón de los demás. Por lo tanto, un lugar seguro de satisfacer dichas necesidades es allí con su mujer. Así, es importante que ella esté disponible cuando él sale, cuando llama por teléfono, cuando regresa a la casa, etcétera. Si ella no estuviera, él se sentiría probablemente abandonado y descartado y le resultaría difícil encontrar otro lugar donde satisfacer sus fuertes necesidades de dependencia. También es importante para el hombre que no haya de ninguna manera un cambio de roles o funciones, pues le resulta amenazante a su imagen e identidad como hombre.

Los hijos, por otro lado, reciben toda la atención de la madre; durante el periodo de la infancia, se les otorga una buena cantidad de protección y atención. Sin embargo, debido al sistema jerárquico y autoritario de la familia mexicana, el sentido de autonomía por desarrollarse es, de alguna manera, sacrificado. Las funciones y roles de los hijos son determinados por los padres, siguiendo tradiciones y patrones ya establecidos. Así, se invierten dinero, energía, atención y entrenamiento en los hombres, para que aprendan a competir y volverse agresivos. A las mujeres se les orienta a jugar con muñecas y a las comiditas. Los juguetes no son intercambiables entre hombrecitos y niñas, porque los padres temen una confusión sexual en sus hijos. Los padres son los supervisores para que no ocurran posibles transgresiones.

Algo interesante de notar es que son los hijos los que se mueven con más facilidad en los dos mundos, el de afuera y el de adentro de la casa. Los niños van a la escuela y, por otro lado, pasan un buen tiempo en el hogar; pero, todo esto, en el entendimiento de que llegará el momento, y para eso se le equipa, en que el mundo inevitablemente se dividirá para los dos sexos.

### **La familia en México**

La clase media, ya sea en las sociedades industrializadas, rurales o semirurales, constituye una fuente de información, educación y modificación de la conducta hacia las clases alta y baja. Esto

quiere decir que la clase media transmite hacia arriba y hacia abajo sus valores y puntos de vista acerca del mundo y de la vida. Es en esta clase social donde se encuentran los maestros, los publicistas, los profesionales, los expertos, los periodistas, etcétera; en fin, todos aquellos elementos transmisores de cultura hacia las masas. A este respecto podemos decir que los círculos de comunicación entre las clases elitistas y las populares dejan mucho que desear en México, tanto en su mecánica como en su contenido.

Estudiar a la clase media significa, en parte, comprender aquellos valores que están siendo transmitidos constantemente y que están siendo integrados y asimilados por la sociedad en que esta clase se desenvuelve.

En las sociedades industrializadas, la clase media se extiende hacia arriba y hacia abajo, haciendo las fronteras y los límites difíciles de delinear. Las características, cualidades y atribuciones se vuelven elementos que pertenecen a todos, habiendo pequeños grupos que se distinguen del resto debido al color, la edad, el sexo o la salud y que, por lo tanto, pasan a ser minorías en desventaja.

En las sociedades básicamente rurales, el perfil de la sociedad mantiene características diferentes al de las sociedades industrializadas, y las fronteras son más marcadas. La clase media es, generalmente, una minoría que no sólo tiene más dinero, sino más educación y, por lo tanto, más oportunidad de movilización social. Adopta una actitud patrocínante hacia el resto de la sociedad, que en general vive a niveles de sobrevivencia y donde el desempleo y el subempleo toman en ocasiones proporciones desorbitantes. La mayoría de la gente en dichas sociedades adopta, a su vez, una actitud artificial de docilidad, pero llena de resentimiento hacia aquella minoría que goza de tantos privilegios ante sus ojos. Por otro lado, existen sistemas de regulaciones dentro de la sociedad que no permiten las transgresiones de cualidades y características de una clase a otra. El estilo de vida de la clase media es aspirado y envidiado constantemente por la mayoría. La clase media que tiene ante su vista la constante lucha por la sobrevivencia de la gran mayoría en desventaja, se protege con indiferencia y callosidad que, en ocasiones, se vuelve insensibilidad.

En México, específicamente, suceden dichos fenómenos. Sin embargo, existen otros aspectos debido a elementos particulares relacionados con la población. Indígenas y mestizos, con sus contribuciones a la cultura mexicana, hacen una buena diferencia. De esta manera, la comida, las fiestas, ciertos valores y tradiciones, tienen fuertes influencias en la clase media. Ésta, sin embargo, siente desprecio por todo aquello que sea y tenga connotaciones indígenas, lo cual tiene cercanía con la gran mayoría y la gran masa campesina. Puede aceptar al indígena en el libro de historia,

pero no cerca de su casa y mucho menos dentro de ella. Pero es precisamente esta mezcla de atribuciones y cualidades entre la clase media y la gran clase campesina, trabajadora, desempleada y subempleada, la que hace que la clase media tema no diferenciarse suficientemente y, por lo tanto, ser confundida. Así, el mexicano de clase media mantiene un repertorio de maniobras que lo hacen diferente al resto y que le toma una seria cantidad de tiempo y energía. Dicho temor es expresado cuando el mexicano de clase media se refiere a la "chusma" y los "pelados".

Por un lado, es el aspecto racial indígena de esa chusma el que se niega y rechaza como parte integral de la identidad de la clase media. Por otro lado, es lo primitivo, lo poco sofisticado y la falta de maneras apropiadas. Además, la falta de poder económico y educacional hace que la clase media ponga una constante distancia entre ella y la gran mayoría.

La familia de clase media tiene que maniobrar con la combinación de todas estas características. Se mantiene una serie de cualidades que, sin que se desee, es parecida a las de la familia rural, tales como fuertes lazos entre los miembros, la estructura de la familia extendida, el autoritarismo, un buen número de niños, etcétera, lo cual viene a ser una fuerza en contra de la modernización, la iniciativa personal y la movilización espacial. Por otro lado, tiende a negarse a sí mismo como familia integrada al resto de las familias campesinas y urbanas desempleadas y subempleadas. Esta polarización pone a la familia de clase media en una posición de alineación con la espina dorsal del país. Es significativo hacer notar que el 47 por ciento del producto nacional proviene de la agricultura (**The Official Associated Press Almanac, 1974**), y sin embargo, el 5 por ciento de la población controla más de la mitad de la riqueza del país, y esta población se concentra en la ciudad (E. Holles, 1975). Dicha polarización crea y sostiene una actitud de ambivalencia que pone en juego el desprecio hacia la mayoría de las familias y lo que ellas representan. Por el hecho de estar entrelazados sus valores y tradiciones, da por resultado un autodesprecio y negación de sí misma como institución.

Para protegerse de dicha actitud de autodesprecio, la familia usa como operación y estrategia no sólo la negación, sino el aislamiento y la proyección. Es así que tendemos a decir en forma humorística "no seas indio", "pareces ranchero", etcétera, lo cual demuestra el temor a ser identificado no sólo con el origen, sino con la clase campesina y, por lo tanto, se tiende a ver en la gran mayoría los defectos y aspectos negativos que no son capaces de admitir dentro del sistema familiar de clase media. Esta tendencia a culpar a los indios, a los campesinos, del atraso del país, es sólo una de las proyecciones de que estamos hablando.

Por la cercanía de los Estados Unidos, la familia mexicana está expuesta a la influencia de valores de esa sociedad, la cual, debido a su origen étnico y a su nivel económico, tiene poco de común con la sociedad mexicana. Esto, naturalmente, crea una confusión de valores dentro del sistema familiar mexicano. Es así como el movimiento anticultural de la juventud norteamericana en contra de la afluencia no tiene las más remotas connotaciones con la sociedad mexicana; sin embargo, la juventud mexicana ha adquirido características típicas y atípicas de dicho movimiento. De esta forma, el pelo largo y la marihuana, que ha sido usada por el indio y en las cárceles, y que ha sido tradición de las clases pobres, se vuelve un producto "nuevo", exportado para la clase media, que se convierte en artículo de sofisticación.

La familia de clase media en México se encuentra, así, entre la negación y la búsqueda de una identificación fuera de sus fronteras, de donde dicha sociedad es rechazada y despreciada a su vez. Por lo tanto, dicha identificación con lo extranjero está destinada al fracaso y a la humillación. Dicha operación masoquista de constante fracaso lleva a la familia mexicana a una actitud contemplativa e indiferente hacia los procesos económicos, políticos y sociales dentro del país.

## **El matrimonio**

El matrimonio es considerado generalmente como un contrato legal religioso. Sin embargo, implica, y esto es lo más importante, un proceso interpersonal y emocional. El contrato legal religioso es un código solemne y explícito. El proceso interpersonal-emocional es un código menos solemne y puede ser de carácter explícito o implícito, consciente o inconsciente. Esto quiere decir que en el acuerdo personal-emocional del matrimonio, los esposos pueden estar conscientes o no de lo estipulado, y pueden o no ponerlo en palabras o decírselo uno al otro. Buena parte de lo que uno y otro esperan de cada uno está sumergido y es silenciado en muchas maneras.

Un relativo balance en los códigos de comunicación puede llevar al matrimonio al buen funcionamiento. La discrepancia y choque entre dichos factores puede conducir a la pareja al conflicto y, en ocasiones, a la terminación del contrato y el proceso.

Los códigos de comunicación tienen, al menos, dos niveles, y es importante tomarlos en consideración para entender las relaciones matrimoniales. Así, a un nivel del código, se dice que una de las dos partes debe hacer tal o cual tarea. A otro nivel se dice lo opuesto. Este conflicto es de tipo interno en el mismo código. En

ocasiones no es la contradicción en los niveles del mismo código, sino entre un código y otro, por ejemplo, entre el explícito y el implícito. Así, un hombre, desde el punto de vista del código explícito, debe cuidar y proteger a la mujer, pero en su código implícito, espera que la mujer lo proteja. De esta forma, el contrato legal estipula una cosa, pero de ninguna manera ello quiere decir que el hombre no tenga una expectativa contraria. Si la mujer insiste en ser la protegida y él, al mismo tiempo, espera el cumplimiento de su expectativa, esto puede ser causa de una confusión que puede desencadenar una serie de acusaciones y contraacusaciones interminables, siendo ambos incapaces de observar y reconocer lo que suceda.

El matrimonio no sólo es algo muy complejo, sino además cambiante. El contrato legal permanece, pero el proceso interpersonal-emocional es modificado constantemente durante el periodo del matrimonio y sus diversas etapas de vida. Así, con el nacimiento del primer hijo, las expectativas, las necesidades, el tiempo y la energía son transformados, produciéndose cambios fundamentales en la estructura de la relación matrimonial. Con el crecimiento del primer hijo y el nacimiento de un segundo, es necesario un reajuste y así sucesivamente. Dichos cambios no son explícitos y se llevan a cabo, la mayor parte de las veces, en forma automática e inconsciente.

Muchas veces los matrimonios no son capaces de tener la suficiente plasticidad para adaptarse en forma conveniente a dichos cambios y la relación es preservada por factores de tipo no necesariamente afectivo y conveniente desde un punto de vista psicológico, sino que es estabilizada por factores legales, religiosos, sociales, económicos, baja autoestima, problemas de dependencia, etcétera. En verdad, dichos factores sostienen una buena cantidad de matrimonios.

Pero todo matrimonio, antes de establecerse y estabilizarse por primera vez, pasa por un periodo que es el de la separación de la familia original, sin el cual se viviría en una especie de pseudomatrimonio. Este periodo implica la separación no sólo física, sino emocional, por ambas partes, de sus respectivas familias originales, con la consecuente ansiedad y depresión que esto implica, y las respectivas negociaciones de lealtades que se llevan a cabo en dicho proceso.

En México, sobre todo, esta etapa es de bastante intensidad, debido a que generalmente los recién casados pasan a vivir juntos salidos directamente de sus hogares originales, sin que exista un periodo transitorio y experimental previo al matrimonio. Dicho periodo de transición o separación ocupa un largo espacio de tiempo en cada relación matrimonial y, en muchas ocasiones, uno de los esposos tarda más en separarse de su familia que el otro. Sin

embargo, hay ocasiones en que ninguno de los dos se separa satisfactoriamente, y la relación matrimonial queda como una extensión y puente de las dos familias originales, en donde los esposos todavía buscan la satisfacción básica de sus necesidades de seguridad y dependencia.

Este Periodo de ajuste incluye negociaciones de valores, roles, funciones, tónica emocional, grado de contacto físico y espacio necesario en la convivencia, todo lo cual es estipulado muchas veces sin discutirse y sin ponerse de acuerdo, a pesar de tener que compartir dichas series de elementos con o sin aprobación de uno o de ambos.

Uno de los tantos valores importantes en todo matrimonio es el de las peleas. Todos los matrimonios pelean. Estas peleas pueden centrarse en hechos directamente o ser de tipo indirecto. Las peleas pueden ser de tipo activo o pasivo. Y en todas ellas encontramos ganancias secundarias. Una pelea directa es cuando la esposa habla y él no escucha. Cuando él pide algo razonable y ella no lo hace. Estas situaciones son obvias; sin embargo, cuando se pelea por algo indirecto es más difícil de observar. Se pelea antes de tener relaciones sexuales porque ella es frígida o él impotente, y pelearse es una forma de exitarse. Otras personas pelean cada vez que existe una posibilidad de intimidad y se angustian ante tal aproximidad. También se pelea cuando ambos padecen de un afecto aplanado y en esa forma obtienen una respuesta afectiva y poderosa. Se puede pelear porque es la manera de seguir una filosofía de la vida, siendo ésta que nada vale la pena, incluyendo la vida matrimonial. En fin, se puede pelear por muchos motivos que son invisibles para los esposos, y las peleas se vuelven interminables y sin aparente solución, debido a que lo explícito en la pelea no es lo directamente relacionado con el hecho que se discute.

En cuanto a los pleitos activos, se puede decir que son aquellos donde existe cierta confrontación y discusión sobre un hecho o serie de hechos específicos o verbalizados. Pero hay formas pasivas de pelear en donde el esposo dice que no a través de una conducta, en vez de expresarlo verbalmente. Por ejemplo, la esposa no quiere relaciones sexuales y siempre encuentra una excusa, o el hombre no sale con su esposa debido a su trabajo. Estas situaciones son "justificadas", pero a la larga crean resentimiento y, sobre todo, dejan un vacío de frustración donde los esposos no tiene aparentemente nada que discutir ni negociar y, por lo tanto, nada que modificar o transformar. En dichas situaciones, la relación matrimonial se va desvaneciendo sin grandes movimientos aparentes hasta llegar al divorcio emocional.

Las ganancias secundarias se encuentran en las acusaciones y

reproches de muchas peleas. Una esposa dice que su esposo no la busca sexualmente y por eso ella está insatisfecha. Si el esposo empieza a buscarla ella se encuentra en la situación de insatisfacción habitual debido a problemas ajenos al esposo y ahora con la responsabilidad sexual hacia él, cosa que en ocasiones la pone en un estado en que preferiría regresar a la posición anterior. En otras ocasiones, el esposo quiere que la mujer tenga la iniciativa sexual, y cuando lo hace se molesta y la insulta. En realidad, este esposo necesita tomar la iniciativa, ya que en el caso contrario se siente amenazado. La ganancia secundaria en este caso es el hecho de que ella se someta en última instancia y eso lo pueda excitar a él.

Las relaciones matrimoniales pueden complementarse en la forma activo-pasiva, social-asocial, madura-inmadura, ordenado-caótico, divertido-deprimido, etcétera. Estas relaciones funcionan hasta que la parte complementada lo permite y la parte complementaria lo acepta. Por ejemplo, si la parte pasiva decide ser más activa, el asocial encuentra satisfacción con amistades; el inmaduro por circunstancias de la vida empieza a madurar y no permite más el patrocinio; el deprimido cambia de afecto y así sucesivamente, es entonces cuando empiezan las dificultades y los desajustes. Por otro lado, puede darse el caso de que el activo se canse, el social se aisle, el maduro sufra una regresión y el divertido se deprima; entonces también existirá un desequilibrio.

Además, existen los matrimonios autoritarios donde el factor de quién toma las decisiones cambie y aquel que siempre obedecía se empiece a rebelar; entonces surgirá un desequilibrio, y la anterior relación homeostásica se disolverá.

Es así que el matrimonio requiere, para su funcionamiento ideal, de cierta democratización en los papeles y de flexibilidad para adaptarse a los cambios que implica la convivencia en las diferentes etapas y fases del mismo, para que de esta forma existan las posibilidades de equilibrio y homeostasis necesaria donde los individuos intercambian roles y funciones sin que se rompa la estabilidad de la relación y sin que aparezca la insatisfacción creciente que rompa con la armonía de la relación matrimonial, a pesar de las crisis y las eventualidades de la vida. La pareja, por consiguiente, debe estar preparada para reajustarse, renovarse y hacer un esfuerzo en cada etapa del matrimonio, y no forzar una interacción que históricamente ha sucedido y detener el proceso evolutivo de toda interrelación humana. El querer sólo ver para atrás, el recordar solamente y el no vivir en el aquí y el ahora y con los ojos hacia el futuro, hace no sólo del matrimonio, sino de cualquier sistema social, algo anacrónico, obsoleto, acartonado y arterioesclerótico, y esto es lo que conduce a muchos matrimonios al aburrimiento y al divorcio legal o emocional.

## La familia como organismo emocional

Las relaciones entre los miembros de una familia están mezcladas con celos, envidia y competencia. Esto hace a la familia un organismo lleno de emociones irracionales y a veces incontrolables. Los favoritismos, la distribución de privilegios reales o imaginarios, los castigos, la distribución del poder, la atención, etcétera, traen como resultado la rivalidad. Desde luego, dichas consecuencias no son del todo negativas, sino que también hay aspectos que benefician a los miembros del grupo. La seguridad emocional, el sentimiento de pertenencia a un grupo, la identidad grupal y otros elementos, podrían considerarse saludables para cada participante del grupo.

Muchos de estos sentimientos se encuentran sumergidos y poco se sabe de ellos; inclusive poco se habla de dichos lazos y ligas emocionales en forma consciente y explícita. Sin embargo, dichas ligas pueden atraer y al mismo tiempo alejar a sus miembros; los hacen sentirse incómodos e insatisfechos, les brindan suministros que en ocasiones no pueden obtener en otro lado. Pero todos los miembros de una familia están ligados debido a dichos sentimientos y ello convierte a cada persona en un dispositivo y un engrane importante para dar un tono emocional a la familia, con ciertas características y cualidades que hacen a cada una diferente.

Las relaciones familiares son básicamente de tipo inconsciente y afectivo; por lo tanto, dichas relaciones son irracionales y subjetivas. Esto hace difícil que tales interacciones resulten algo que pueda ser manejado con planeamiento y justificación.

La familia mexicana, en general, es bastante dispareja en la distribución de privilegios y castigos, y el favoritismo está a la orden del día. Esta falta de equidad otorga a los padres maneras de disciplinar a los hijos y buscar en ellos compensaciones personales. La educación en el hogar, de esta forma, se convierte en el primer modelo de chantaje y corrupción en la mente del niño. Así, el proceso democratizador es sacrificado por una actitud distorsionada de la realidad. Los hijos, por su parte, aprenden diversas estrategias y técnicas para ganar privilegios y evitar castigos. La manipulación, desde una temprana edad, es aprendida y elaborada. Los hijos aprenden esta manipulación de los padres y empiezan a llorar, patear y hacerlos sentir culpables para conseguir lo que desean.

También se usa la seducción. Las mujeres aprenden aún más dichas técnicas, debido a nuestras actitudes culturales. Los padres, ante dicha actitud, ceden con facilidad y hasta la estimulan. Posteriormente, esta niña seducirá al maestro, al jefe en la oficina, al policía de tránsito, para evitar infortunios y obtener resultados favorables en casi todos los casos.

Debido a la falta de sistemas más racionales, los hijos quedan libres para utilizar toda clase de maniobras para obtener lo que desean. El “madruguete” es una de estas formas. Si no hay una distribución equitativa en la familia, cada hijo trata de buscarse una satisfacción y un privilegio a costa de rapidez y maña. Así que esperar el turno, por ejemplo, no se convierte en un valor importante en la educación de los hijos, y por el contrario, se estimula el “ser abusado”. El respeto a los demás no es tampoco importante en la política de la familia y, naturalmente, esto se traduce como una verdadera dificultad no sólo para respetar a los demás, sino para esperar el turno y posponer necesidades. Es en esta forma como se desarrolla el juego entre la creación de controles externos y la astucia del que es más listo.

La autodisciplina y el autocontrol están tan insuficientemente desarrollados, que se desencadena un círculo vicioso hasta el punto de que cada persona llega a pensar que así son las cosas y no se puede hacer de otra manera.

La falta de una organización familiar racional, realista y equitativa, sobre todo, da lugar a la falta de un modelo en otros sistemas sociales y cada uno da por hecho que el mundo ha sido así y no existen motivos para producir cambios. De modo que los trabajos en una institución son otorgados para el que tiene más recursos manipulativos y no porque reúna los requisitos para el puesto. Esto sucede más en aquellos casos en que dichas instituciones son del sector público y, en ocasiones, del privado, si son nacionales. Tenemos entonces que las asociaciones y organizaciones, en México, son coaliciones de ventajas y conveniencias de tipo emocional y no de trabajo y efectividad. Debido a la organización emocional básica de dichos sistemas sociales, no se aceptan las diferencias, y las agrupaciones son generalmente de tipo incestuoso, donde las características clánicas y las cualidades mafiosas son típicas.

Los individuos establecen patrones transaccionales en la familia, que más tarde son transferidos en forma repetitiva y poco apropiada a otros contextos no familiares. Si dichas transacciones son matizadas básicamente en emocionales e irracionales, es de suponerse que las ulteriores relaciones con la escuela, el trabajo y con otros sistemas extrafamiliares, sean de tal naturaleza.

En la familia mexicana, la distribución del poder es muy importante. Es a un determinado miembro de la familia a quien le delegan la autoridad, le escuchan, le valoran, le dan privilegios y le informan. Este miembro elitista tendrá más poder para influenciar a los demás y sobre las decisiones familiares. Buena parte de la energía de la familia se gasta en las negociaciones por influir en los demás. Dicho liderazgo no es por lo que un miembro hace o deja

de hacer, sino en ocasiones por lo que se le ha asignado de acuerdo a necesidades y prejuicios de los padres. Toda esta política está bajo la supervisión paternalista del jefe de la familia, que delega autoridad porque un hijo le cae muy bien o ha llenado y satisfecho sus expectativas, aunque éstas vayan aun en contra de las necesidades de desarrollo del hijo escogido para un determinado rol.

La familia necesita modificar los canales de comunicación y adoptar unos más democráticos, ya que cuanto más reglas y regulaciones inconscientes e implícitas existan, más tendencia habrá hacia lo irracional y puramente emocional. La familia, en esta forma, se convierte en un organismo más funcional y no resulta una institución que opera por pura tradición e intuición. Desde luego que no hay que olvidar que la familia es un punto de contacto donde tanto afecto como fricción coexisten. Pero puede existir un equilibrio y un balance entre lo irracional y lo racional que sirva de modelo a lo que posteriormente vamos a crear como organismos extrafamiliares, donde podamos encontrar sistemas con modalidades más racionales, equitativas y democráticas, donde nuestros objetivos y esfuerzos puedan ser más efectivos.

### **Lealtades y deslealtades**

La lealtad es una expectación importante de la familia hacia sus miembros. Esto significa que el miembro de la familia tiene que responder favorablemente o estar básicamente de acuerdo con los valores y reglas del grupo. Uno de los fenómenos más conocidos o públicamente admitidos de lealtad hacia el grupo y la familia ha sido el de la familia judía. Dicho fenómeno de lealtad puede ser exagerado por el grupo, porque se siente la amenaza de una violación a las reglas y regulaciones que afectan la identidad personal y grupal de sus miembros.

Para entender la lealtad de un miembro hacia otro, o la lealtad de un miembro hacia el grupo, debemos entender que hay un serio riesgo como fuerza de motivación para su existencia. Dicho riesgo incluye, de alguna manera, la disolución de los lazos o la destrucción del sistema. La lealtad, en esta forma, llena la necesidad de estabilizar y armonizar la existencia del grupo. Lo mismo sucede con cualquier organización familiar de tipo clánico, la cual espera que sus miembros no cometan acciones o establezcan relaciones que puedan perturbar la homeostásis del grupo familiar. A este respecto, la lealtad llega a ser un elemento de cohesión importante y relevante para la familia como entidad.

La familia mexicana pone mucha atención en dicho proceso, ya

que la homeostasis es algo inherente a su tradición y la disolución del grupo familiar es concebida como un aspecto degenerativo. La deslealtad se convierte en un acto que tiene que ser evitado.

La libertad que tiene un miembro para disentir de los lazos emocionales, valores morales y regulaciones en el grupo, es mínimo. El autoritarismo es una necesidad para solidificar un valor tradicional que el grupo de una manera implícita o explícita apoyó en un momento dado. El autoritarismo se transforma así en una estrategia más para solidificar y reestructurar al grupo familiar como sistema. Desde luego que debemos tomar en consideración que dicha disolución puede ser real o fantaseada. En ocasiones es fantaseada y lo que puede entenderse como un principio de cohesión puede convertirse en un temor irracional destructivo para la homeostasis y estabilidad del grupo. Así, el pluralismo social se convierte en una necesidad, más que en un acto de disolución.

Cuando una madre siente aprehensión acerca de un hijo debido a sus amistades y trata de evitar su contacto con tales amigos, puede ser racionalizado y aceptado como un temor real. Sin embargo, el significado básico para ella puede ser el hecho de que su hijo va a adquirir y aprender ciertas actitudes y valores que difieren de aquellos valores del grupo familiar. Cuando un padre espera que su hijo sea "hombrecito", tiene que demostrarlo de alguna manera, y si no lo hace, recibe la desaprobación de él; el padre quiere que el hijo repita algo que está dentro de las expectativas que su padre tuvo hacia él y, por lo tanto, que recibió la aprobación del grupo familiar.

El valor de la independencia, la individualidad y la privacidad dentro del sistema familiar mexicano, tienen poca relevancia, ya que estamos reaccionando hacia los valores de la lealtad y la cohesión del grupo. La constelación familiar en ese respecto es diferente a la constelación familiar de otras sociedades, donde a sus miembros se les exige otro tipo de valores que, de no ser satisfechos, hacen que dichos miembros sean poco apreciados por la sociedad en que viven.

En vez de la independencia y la individualidad, la familia mexicana propicia la lealtad y, de esta manera, dicho fenómeno es recompensado como una característica o cualidad que se trata de estimular y fomentar entre sus miembros.

La lealtad puede ser algo que los miembros pueden verbalizar y estar consciente de ella. Pero no es necesariamente algo que se hable y exprese de una manera abierta y explícita.

En la familia mexicana, la lealtad es distribuida en forma tal que quienes cargan con una mayor proporción son la madre y los hijos. Así, la madre y los hijos mantienen definitivamente una lealtad de

la cual el esposo y padre queda fuera. Por otro lado, ambos esposos le deben lealtad a sus respectivas familias, lo cual, en ocasiones, es causa de conflictos y hasta de crisis. Se espera también lealtad absoluta de la mujer hacia el esposo, pero lo opuesto no sucede. El esposo, al ser desleal a la mujer, le está siendo leal a su familia de origen, principalmente a su madre. La culpa causada por la deslealtad hacia la esposa es diluida al serle infiel con otras mujeres. Lo importante en dicha dinámica es el hecho de que el hombre está demostrándose a sí mismo que no le está fallando a su familia de origen, pues no se está entregando del todo a su familia actual y sobre todo a su esposa. La infidelidad, de esa manera, se vuelve una maniobra psicológica necesaria para aplacar al código moral interno y así reducir la culpa. Desde luego, dicho proceso se autoperpetúa, pues el hombre tiene que manejar la culpa causada por la deslealtad a la esposa, la cual internamente es secundaria a la primera culpa de deslealtad a su familia de origen.

La mujer, por otro lado, resuelve dicho dilema al pagar su deuda generacional, al transmitir sus valores internalizados a sus hijos, reparando de esa manera su lealtad hacia su familia original. La lealtad de la esposa hacia sus hijos se vuelve tan importante y ritualista, como la deslealtad de su esposo hacia ella. Lo que es considerado socialmente un fenómeno de deslealtad en el hombre mexicano hacia la esposa, es psicológicamente un proceso interno de lealtad hacia sus objetos internalizados y primarios, los cuales le atormentan por su deseo de establecer nuevos lazos afectivos y obligaciones morales hacia objetos secundarios en su vida, como son la esposa y sus hijos. Dicha capacidad sublimatoria de desplazar su lealtad a su esposa y sus hijos no ha sido un patrón generacionalmente transmitido y aceptado culturalmente.

La lealtad es caprichosa y toma toda clase de direcciones. Si un padre se enoja con uno de sus hermanos, se espera que los hijos deban participar y aliarse con él en contra del tío o la tía. De esa manera, si el padre decide cortar la comunicación y no hablarle a su hermano o hermana, a los hijos se les pasa la consigna, en forma verbal o no verbal, de no hablarle a dicha tía o tío. La única persona que puede disolver la consigna es el padre, el cual en un momento dado levanta el embargo comunicativo y decide por todos que está bien volverle a hablar al pariente. Naturalmente, los hijos pueden o no interesarse por lo que sucedió desde el principio, pero para la lógica de la lealtad tal información es irrelevante. Dicho proceso puede llevarse a cabo no sólo de la familia nuclear a la familia extendida, sino dentro de la familia nuclear. Así, si un padre decide cortar la comunicación y retirar su atención y afecto a uno de sus hijos, el resto de ellos recibe la

consigna de retirarse de dicho miembro, para que con la presión emocional y moral, el miembro aislado vuelva a participar de las normas esperadas y establecidas por el grupo, o hasta que el padre decida perdonarlo y, por lo tanto, levantar la consigna de aislamiento de ese miembro.

Entendiendo las fuerzas que operan en el proceso de la lealtad, podemos estar en posición para comprender la dinámica de la familia mexicana en una manera más completa, y estaremos también tomando en consideración uno de los factores que determinan importantes transacciones entre sus miembros. Al mismo tiempo, estaremos capacitados para entender importantes fuerzas motivacionales y creadoras de conflictos dentro del sistema familiar mexicano, con sus características y cualidades propias del mismo. Si vemos cuidadosamente otros sistemas en México, estaremos en posición para comprender dichas características y apreciar sus cualidades en la etapa evolutiva en que el país se encuentra. El sistema cerrado, rígido y dogmático, lleno de inseguridades y complejos, es típico de las asociaciones profesionales y políticas en México, que indudablemente llevarán al encartonamiento de sus miembros y a la mediocridad funcional de los mismos. La rigidez de los sistemas de cualquier índole nos lleva a la arterioesclerosis y a la muerte operacional, ya no digamos de las actividades creadoras, sino de las funciones más básicas del ser humano.

### **Intimidación y vergüenza**

Los padres consideran que para disciplinar a sus hijos tienen que hacer uso de recursos que sean eficientes. Las consecuencias a largo plazo de dichos recursos son en la mayoría de los casos ignoradas.

Uno de tales recursos es la intimidación; se amenaza, se pega, se castiga, se mira al niño con dureza, se le hacen gestos y se espera que responda a dichas señales de disciplina. El lenguaje preverbal es inmensamente rico y la comunicación entre padres e hijos se establece desde muy temprana edad. Si no hay gente alrededor o visitas, se le puede gritar al niño, insultarlo y hasta pegarle; pero si hay gente a la que no se le tiene confianza, se prefiere el lenguaje preverbal, las gesticulaciones y movimientos de ojos, para obtener los mismos resultados. En ocasiones, tales tácticas no verbales resultan más efectivas en ciertas familias y se usan con más intensidad que las verbales.

La base de la intimidación es la producción del miedo y el temor. El niño de esta manera crece lleno de temores y miedos que van a

influir en su estilo de vida. Naturalmente que a través de los años el niño intenta enfrentarse una y otra vez a sus miedos y temores, y en ocasiones lo hace en forma inconsciente. Es así que el niño empieza desde una edad temprana a desarrollar tácticas y estrategias encaminadas a no sufrir el disgusto causado por dichos temores. Por ejemplo, el niño se acerca a un miembro de su familia y le ofrece su lealtad casi absoluta e irracional. Dicho miembro, en cambio, se convierte en el consolador y el protector. La madre frecuentemente toma dicho papel en contra del padre, el cual se vuelve un ogro ante los ojos del niño. Lo curioso es que la madre infunde los temores, diciendo al hijo que ahora que venga el padre va a ver lo que le pasa. Al mismo tiempo juega el papel de rescatadora y protectora de la criatura. Entre más temores inculca, más necesidad encuentra el niño de ser protegido. No está de más decir que dichos temores no tienen que estar vinculados a una persona en particular, e inclusive a seres no humanos en general, pues los temores fantaseados toman un papel importante en el proceso de la intimidación.

Aparte de la excesiva lealtad hacia un miembro de la familia y posteriormente hacia otros personajes o instituciones, el niño va a desarrollar una estrategia para ocultar sus miedos. El "apantallamiento" y el machismo sirven en ocasiones a dicho propósito. Por este medio no se acepta que se tiene miedo, sino que se trata de probar lo contrario. La falsa valentía y el falso coraje no son más que formas de ocultación de temores y miedos. En realidad, el coraje implica la aceptación y confrontación del miedo y los temores, en vez de su negación.

La intimidación, en esta forma, adquiere relevancia en la formación caracterológica de los miembros de la familia y determina actitudes que van a influenciar la vida de los mismos. La falta de iniciativa, así como la dificultad para afrontar riesgos, van a formar parte de los patrones culturales y a determinar el manejo de las empresas e instituciones. La búsqueda excesiva de seguridad, la extrema lealtad hacia personajes e instituciones y la demostración constante de falso coraje, son las consecuencias a largo plazo que tiene que pagar el niño debido al uso de la intimidación por parte de los padres y hermanos mayores.

Los padres, en su afán de demandar respeto a sus hijos, enfatizan la producción de vergüenza. Es así que avergonzar al niño cuando no se está de acuerdo con su conducta, forma un patrón disciplinario en la familia mexicana. Al niño se le dice que es tonto, malo, ridículo, feo y otra clase de epítetos para modificar su conducta. En esta forma, ciertos pensamientos y sentimientos llegan a investirse de connotaciones vergonzosas. El niño aprende, por lo tanto, a no expresarse libremente y a no aceptar ciertas

partes de su personalidad, pero también a expulsar dichos procesos de su sistema experiencial. Es importante aclarar que no siempre los padres racionalizan tal avergonzamiento como un método disciplinario, sino que en ocasiones es simplemente una forma más de expresar hostilidad hacia los hijos cuando están enojados con ellos.

El proceso del avergonzamiento en el niño va a afectar su crecimiento y desarrollo en diversas formas. La orientación de los padres hacia los logros del niño no va dirigida hacia la enfatización del éxito, sino hacia el desprecio y repudio del fracaso en sus pequeños, pero importantes, intentos de realización y de maduración. Cuando el niño fracasa, se le enfatizan sus dificultades y cuando tiene éxito no se le aprecian sus esfuerzos. Dicha actitud ha sido transmitida por generaciones y ha sido adoptada como un modelo natural de educación para los hijos.

El niño, como en el caso de la intimidación, va a desarrollar tácticas y estrategias para protegerse de dicho proceso de avergonzamiento, y así es como aprende a mostrar un falso orgullo ante situaciones donde dicho fenómeno no es apropiado. De esta manera, el niño trata de comunicar a sus padres que no siente vergüenza, sino orgullo por algo que es repudiado por los padres. La falta de oportunidad de ser beneficiado por comentarios positivos y halagadores de los padres y el énfasis en avergonzarlo, lo llevan a mostrar una actitud defensiva orgullosa cuando la realidad no lo amerita. El éxito real trata de ocultarse, porque no está familiarizado con dicho fenómeno y, por paradójico que pueda resultar, se avergüenza del mismo.

La arrogancia ante las situaciones difíciles donde claramente la desventaja es probable y obvia, se vuelve un patrón de conducta. La aceptación del error, cuando existe, se dificulta. El peso de la vergüenza es tan profundo y constante, que los errores naturales que comete el ser humano no son reconocidos. Así, la vergüenza y la timidez, así como la arrogancia y el falso orgullo, se vuelven actitudes desconcertantes que crean confusión en las señales y mensajes que se intercambian en toda relación interpersonal.

La intimidación y la vergüenza son procesos que se desarrollan en la familia y se transmiten de padres a hijos. Son maniobras y tácticas que los padres usan para "educar" a sus hijos. Sin embargo, existen alternativas que van a modificar la conducta indeseada de los niños. Dichas alternativas son el énfasis en lo positivo, en el éxito, en el logro y en las realizaciones. Se trata de elevar la autoestima del niño, no de reducirla; de apoyar al niño en la realización de sus tareas; de estimularlo a que continúe arriesgándose en términos realistas; de elogiarlo cuando ha logrado una realización. De esta manera se ayuda al niño a validarse y

sentirse importante, en vez de sentirse inferior y devaluado. En esta forma el niño no va a tener necesidad de desarrollar actitudes grotescas para ocultar su baja autoestima y se pueda evitar la tendencia a "apantallar" e intimidar a otros, con el fin de ocultar sus propios temores.

### **Nacimiento y muerte en la familia**

Cuando un bebé está por venir, la familia tiene expectativas. Si es una hembra, los padres se consuelan; se dice que las niñas son muy cariñosas, sobre todo con los padres, y que dan menos problemas a las madres y no abandonan a la familia fácilmente, aun después de casadas. Mediante este proceso, la niña es finalmente aceptada y racionalizada, aunque básicamente rechazada.

Debido a la historia y constelación racial del mexicano, es importante también que los niños sean claros de piel. Naturalmente, dicho producto es difícil de obtenerse, por lo que existen fantasías frustradas desde los primeros minutos del nacimiento y algunas veces se prolongan por un periodo largo de la vida. Los padres tienden a ver el grisáceo de los ojos como síntoma de que el niño va a tener los ojos claros, y si su pelo es café claro, empiezan las fantasías de un futuro y valuable "güero" en la familia, lo cual es un privilegio. Es mucho mejor si el más claro de la familia es una de las mujercitas, puesto que la "belleza" es más importante en ella.

Las expectativas son asimiladas e internalizadas por los niños y aun hay momentos en que dichas expectativas son verbalizadas en forma de broma o simplemente como comentarios al margen. Los niños, sin embargo, son obviamente capaces de escuchar y de registrar en su mente tales conversaciones casuales que, por lo tanto, van a influir en alguna forma en la formación de sistemas de validación. Así, los hijos resultan pantallas donde se reflejan los sueños e ideales de los padres y, por lo tanto, recapitulan los sueños e ideales de la sociedad.

Al nacer el niño, el cuidado del mismo es delegado generalmente en la madre. La abuela, sin embargo, ha tenido tradicionalmente el rol de enseñar a la nuera-madre o hija-madre cómo cuidar del recién nacido, y poco existe fuera de este sistema por el cual la madre pueda obtener nueva información o entrenamiento al respecto. Solamente las madres más sofisticadas llegan a obtener información por otros conductos. Básicamente, se deja caer sobre la sabiduría de la abuela los conocimientos y el aprendizaje de la crianza.

El nacimiento de un niño causa cambios en la constelación familiar. Si es el primero, la madre mexicana empieza su larga carrera de madre. Esto es muy importante, tanto que hay un distanciamiento mutuo entre los esposos. Durante todo el periodo de cortejo –donde la mujer era validada como mujer– y durante el periodo antes del nacimiento del primer hijo, ella tenía un definitivo atractivo sexual para el hombre, que reduce o anula con el nacimiento del primer niño. La madre empieza a perder importancia como mujer y se convierte en la madre de los hijos del esposo.

Posteriormente, con el nacimiento de los otros niños, la madre ha dedicado buena parte de sus mejores años a la crianza, y dicha carrera de madre se ha convertido para ella en su vida entera y en su validación casi total. El nacimiento del último de los hijos se vuelve causa de trastorno y ansiedad para la madre, pues el crecimiento de este último hijo y su posterior independencia significarán y se convertirán para la vida emocional de la madre en el final de su carrera y, por lo tanto, del significado y propósito de su vida. A nadie le gusta sentir que ya no se le reconoce y se le valida por lo que hace. En la etapa de la adolescencia del último hijo, hay dos factores que afianzan y mantienen la importancia de la familia extendida en México. Por un lado, la madre ve hacia los hijos mayores la continuación de su carrera y la oportunidad de sentirse útil e importante. Esto lo puede conseguir a través de su rol como abuela. Fuera de su casa, ella tiene poco que hacer y, además, su preparación no es apropiada para funcionar fuera del sistema familiar. Por otro lado, fuera del sistema familiar hay poco que pueda atraer la atención de cualquiera para realizar una labor efectiva, siendo el sentimiento del mexicano de poca confianza hacia cualquier institución fuera de la familia.

El nacimiento y la muerte son muy importantes y acarrear cambios significativos en la familia.

En ambas instancias, la información hacia los miembros, sobre todo hacia los niños, es escasa y poco apropiada. Así, los principios y los finales de la vida son ocultados y mistificados como fenómenos indeseables y misteriosos que hay que evadir y ocultar. Cuando se trata de la muerte, los niños son confrontados con el dramatismo y emocionalidad de los adultos, y al mismo tiempo con la mínima información y participación en los acontecimientos relacionados con el fallecimiento de algún miembro de la familia. Por un lado, la tormenta y, por el otro, el silencio. El niño observa y se impresiona, pero no se le dice claramente lo que está pasando ni se le hace participar del duelo. El niño tiene que llorar, pero a escondidas, porque el mensaje es que él no tiene que saber ni comprender lo que está pasando. En el momento que pregunta o

hace un comentario, el adulto lo rehuye como si el niño dentro del adulto se identificara con el niño curioso, que al saber la verdad irrumpiría en llanto incontrolable. A este respecto, la reacción del padre hacia el hijo que pregunta acerca de la muerte de alguno de los miembros, es similar a la de algunos médicos cuando un familiar les hace preguntas con respecto a las posibilidades y diagnóstico de un caso terminal de uno de sus seres queridos.

Ante la muerte, el protector se protege. El padre o miembro adulto evade la confrontación, racionalizando su conducta con el pretexto de proteger la psique del niño. Mientras, los adultos viven el duelo como pueden y participan con la comunidad en la expresión de tales sentimientos importantes; el niño generalmente permanece al margen, pretendiendo no saber y resignado a la expresión callada y sola de su duelo.

Es interesante notar que los adultos hacen esta división palpable entre el grado de expresividad que se permiten a sí mismos y el que le permiten a los niños. Esta división, en realidad, opera a varios niveles. El adulto trata de mantener al niño fuera del radio de su sensibilidad, como si de esta manera se preservara de ser contaminado y puesto en una posición en donde su sistema de control quedara expuesto y se temiera una disrupción del mismo. Sus padres hicieron lo mismo un tiempo atrás, y la historia se repite una vez más.

La muerte alcanza proporciones escandalosas para la organización de la familia, sobre todo si la cabeza de la familia es de uno de los padres. El sistema familiar en México está prácticamente desprotegido frente a dicho acontecimiento. El balance de los esposos es en realidad tan precario, que uno no puede funcionar sin el otro, encontrándose en dicha relación simbiótica la base de la estabilidad y organización familiar y, por lo tanto, social. El padre no sabe nada de la política familiar y la madre no sabe nada de la política fuera de casa. En muchas instancias, ninguno de los padres está informado de lo que pasa al otro lado de su campo, en el otro mundo. En el momento en que uno hace falta, la familia entra en una crisis que muchas veces es prácticamente insalvable. La mujer es tan poco realista acerca de lo que pasa fuera de su casa y se mantiene tan poco informada, que le es difícil sobrevivir sin la presencia del esposo. Al hombre le resulta difícil no sólo funcionar como integrador de la familia, sino como proveedor de los lazos afectivos que puedan proporcionar seguridad emocional a sus hijos. Los aspectos suaves y cariñosos le han sido prohibidos desde temprana edad y va a ser difícil cambiar su coraza cuando se le necesita como proveedor de afecto.

Se puede decir que tanto el nacimiento como la muerte son procesos interminables en la constelación familiar. Dichos aconte-

cimientos deberían contar con el conocimiento y participación de todos sus miembros, y de ninguna manera deben implicar la descalificación de alguno de ellos. Es también importante considerar que la mujer, al ser madre, no tiene por qué dejar de ser mujer. Por otro lado, si el hombre es cariñoso y afectuoso con sus hijos, no por ello es menos hombre. Si al niño se le explica la muerte de uno de sus familiares y si está dispuesto a participar y no hay inconveniencia real para dicha manifestación comunal, se le beneficiaría, en vez de adoptar el usual marginamiento después de la pérdida sufrida. Si el padre y la madre tuvieran mayor margen de movilidad y tuvieran una vida más completa, en caso de fallecimiento de uno de ellos la familia sería una realidad más protegida y no sufriría la desorganización y el caos que acompaña usualmente a la muerte, que en ocasiones llega a ser crónicamente irreparable para todos.

### **La comunicación en la familia**

La verbalización no es un fenómeno altamente desarrollado en la cultura mexicana. El proverbio de que “en boca cerrada no entran moscas” es seguido con diligencia y esmero. Ésta es quizá una de las razones por lo cual el pegar a los niños, las peleas a puño, el homicidio y otros fenómenos relacionados, alcanzan proporciones escandalosas.

La verbalización se aprende en la familia, como también los golpes. Se ha observado que los casos en que los padres abusan de los niños se deben, en buena parte, a que dichos padres también sufrieron abusos cuando niños y no aprendieron otra forma de regulación de la conducta. El “indio callado”, “el tipo de pocas palabras” y “perro que ladra no muerde”, son sólo algunos ejemplos de la sabiduría de la cultura del mexicano.

El niño aprende la lección desde muy temprano. Si los padres sospechan algo que le es prohibitivo, el niño tendrá miedo a decir la verdad, porque eso le puede costar una paliza. En la familia mexicana, el niño es lo suficientemente listo para no ser honesto. Posteriormente, como adulto, hará lo mismo dentro de otras instituciones. El niño, al decir la verdad, es castigado, y el quedarse callado puede significar salir del apuro. El niño tratará de negar el conocimiento de lo que ha sucedido y tratará de decir lo mínimo para no comprometerse. La actitud punitiva de los padres determina en buena parte uno de los fenómenos sociales bien desarrollados por la cultura, que es la mentira. Es de esta manera que la mentira nace y se desarrolla como estrategia para la sobrevivencia del niño dentro de la familia. Así, la comunicación

se contamina no sólo porque hay que sacar con apuros las palabras a los niños, sino porque si éstos sospechan de los adultos, recurren a la mentira.

El sistema de valores se forma de acuerdo a prioridades, y éstas en el caso del niño son evitar el dolor, callando o mintiendo. Así, la formación de lo que se podría llamar un sistema de valores en el niño, está cargado con frecuencia de mensajes contradictorios. El niño, por un lado, si dice la verdad, recibe una paliza; por otro lado, si lo cogen diciendo mentiras, le dan otra. Así, la mejor solución en la mente del niño es no decir nada. Una actitud punitiva, incluyendo el castigo físico, se vuelve instrumento y agente silenciador en la mente del niño, el cual internalizará y llevará el resto de su vida. Posteriormente, no será importante para él si el maestro u otra persona externa a la familia le va a aplicar el mismo castigo por decir la verdad o simplemente por comunicarse, sino que tenderá a reaccionar en forma automática al modelo pasado y determinado históricamente.

Parte de la tradición familiar es que los hijos no se enteran de los problemas de los padres y entre los padres, y por lo tanto, cualquier discusión seria que pueda surgir entre ellos se llevará a cabo cuando los hijos no estén presentes. Se llevará el problema a la recámara y la discusión sólo será percibida por el niño en forma de tensiones y de señales. Los problemas no son ventilados abiertamente, y los hijos se quedan con suposiciones y fantasías, pero nunca saben a ciencia cierta lo que por años puede estar sucediendo, que puede ser de extrema seriedad para toda la familia.

El secreto es una institución en la familia mexicana. Se puede decir que es una característica del sistema paternalista; se puede entender como una operación psicológica para evitar una realidad poco placentera; se puede interpretar como un proceso mágico para conservar la estabilidad y homeostásis del grupo familiar. Pero cualquiera que sea la interpretación, es un fenómeno que prevalece y que tiene toda clase de ramificaciones emocionales, sociales y culturales.

Existen otros puntos ciegos dentro del sistema de la comunicación en la familia, los cuales sirven aparentemente al mantenimiento físico y emocional del grupo como tal. La esposa sabe que no debe preguntar demasiado al esposo. "Ojos que no ven, corazón que no siente", frecuentemente comentan algunas mujeres. Crisis económicas y problemas financieros no son comunicados a los hijos. Ingeniosas maniobras tienen que adoptar los padres para evitar gastos, sin comunicar el hecho escueto de que en realidad no poseen dicho dinero. Situaciones en las cuales existen pocas o ninguna respuesta fácil para ser resueltas, generalmente siguen el

camino de la inercia y el peso de la autoridad, la tradición, el **status** o la edad para encontrar la solución. Así, la comunicación mantiene su verticalidad y la información es mantenida al mínimo.

Las negociaciones no son parte de la tradición familiar mexicana y aparentemente no constituyen un elemento importante en otras instituciones fuera de la familia. La liberación de las negociaciones y la distribución de la información se suelen criticar cada vez que se intentan. El saber y dialogar implican responsabilidades y decisiones que requieren una actitud de confrontación y realismo que por generaciones no se han practicado en México. La democratización de los sistemas de comunicación tiene que ser practicada una y otra vez para ser asimilada y apreciada sin el temor de perder atribuciones dentro de los procesos grupales. Las explicaciones de las reglas y regulaciones que sigue el estilo de vida de la familia son temidas, pues se asume que puedan ser interpretadas como debilidad de los padres.

La prolongación de la autodeterminación de los hijos hasta una edad avanzada, junto con la falta de comunicación en aspectos vitales de la vida familiar, no facilitan la preparación de sus miembros para manejar situaciones grupales en el futuro a través de negociaciones. Es importante, por lo tanto, que se empiece desde la familia y se haga incapié en la necesidad de informar, comunicar, y negociar en cualquier situación y en cualquier área vital de la vida familiar, ya sea relacionada con la disciplina, el sexo, el dinero, etcétera, para que en esa forma, en el proceso evolutivo, los intereses conflictivos dentro y fuera de la familia sean tratados de resolver, usando la comunicación y la negociación como instrumentos básicos no sólo para la ventilación de emociones, sino para el entendimiento de procesos y resolución de crisis y conflictos tanto dentro de la familia, como fuera de ella.

### **El sexo en la familia**

La manera tradicional de la educación de los niños incluye la represión sexual. De esta manera, la estimulación y la curiosidad sexual son aspectos que no se permiten en la familia y además son castigados. La familia en México continúa esta línea de pensamiento y de actitudes. Se supone que los niños son una especie de criaturas sin sexo, y cualquier indicación de parte del niño o interés sexual es rápidamente reprimido. Se sabe que cuando una persona reprime no sólo incluye el elemento por reprimir, sino otros elementos que lo acompañan. La represión, que es automática e inconsciente, incluye, desafortunadamente, no sólo aspectos directamente relacionados con el sexo. Dentro de los límites de la

represión se incluyen elementos de toda especie, y la combinación de dichos elementos varía de individuo a individuo.

En la familia mexicana, al niño se le presiona constantemente para reprimir. Los procesos psicológicos tienen una relación con el ambiente y la cultura. Así, la cultura de grupo en dichas circunstancias es deprivadora de estimulaciones e intereses, y aunque no está básicamente dirigida en buena parte hacia el sexo, depriva al niño de la expresión de muchos otros aspectos de su personalidad. Dicha atmósfera prevalece en la familia y es apoyada y afirmada fuera de ella por la escuela y otras instituciones.

La pornografía es un fenómeno relativamente reciente en México y de ninguna manera puede considerarse una liberación de la represión psicológica sufrida por el niño, sino que responde a necesidades de otra índole. La famosa revolución sexual de los llamados países industrializados no ha modificado fundamentalmente las relaciones sexuales entre los miembros de dichas sociedades y de ninguna manera ha resuelto problemas vitales relacionados con la intimidad psicosexual, la cual no es afectada por la pornografía comercial.

La masturbación en el niño no es tolerada por la familia como un fenómeno natural y normal. Existen muchas barreras para que dicho fenómeno sea aceptado socialmente y considerado como una expresión humana. En la mente de los padres, el sexo sigue siendo sucio y malo, y dichas connotaciones son transmitidas hacia los hijos en forma consciente e inconsciente, verbal y no verbalmente. Esto no quiere decir que México tenga la exclusividad a este respecto, pero existe y es obvio que influye en el desarrollo del niño y, por lo tanto, es un aspecto importante de estudio. Debemos decir que existe más tolerancia hacia los niños varones que hacia las niñas, y que la represión es más fuerte en éstas últimas. A los niños se les puede permitir exponerse sexualmente ante las gentes, pero a las niñas definitivamente no.

La ansiedad sexual en los padres al ver a un niño masturbándose, es menos intensa que si ven a una niña. Dicha ansiedad va creciendo con la edad de la criatura. Cuando la niña entra en la pubertad, la ansiedad sexual de los padres se vuelve abrumadora y casi catastrófica, y todas las medidas anteriores se solidifican y llegan en ocasiones a convertirse en intolerables para la niña. Esto no quiere decir que el niño no siga recibiendo los mensajes y señales represivos, pero la niña definitivamente es blanco por excelencia de dichas maniobras por parte de los padres.

El sexo de la púber, aparte de ser sucio y malo, se convierte en algo misterioso y definitivamente incommunicable y secreto. La menstruación es algo que causa caos en la familia y la madre sufre tremendamente los apuros de la explicación a su hija de tal

fenómeno. Si se le explica a la muchacha, no se hace usualmente sin ansiedad y en forma comprensible. A la púber se le empiezan a prohibir y restringir cada día más ciertas actividades tanto físicas como sociales, y esto se considera parte del desarrollo normal de cómo comportarse y al mismo tiempo enseñarle su rol sexual y un estilo de vida apropiado en esta sociedad.

La virginidad toma prioridad no tanto en la vida, sino en el adolescente. Para ella se vuelve algo que tiene que proteger. Para él, algo que tiene que conquistar y robar. El juego que se basa en el doble estándar toma en ocasiones dimensiones dramáticas en la mente de los adolescentes y los padres.

A todo esto agregamos que no existen, desde un punto de vista educativo, programas regulares y comprensivos en las escuelas que proporcione educación e información sexual en forma humana y realista. Así, el sexo se vuelve un tema que se trata de hundir lo más profundamente en la mente de todos. Sin embargo, el sexo es para el adolescente algo que le revienta y que le quema. Es un aspecto que está en la superficie y que no sabe explicar, comprender, ni qué hacer con él. No hay con quién hablar ni a quién preguntar. Si se tiene un amigo cercano se recurre a él y, desde luego, se obtendrá información bastante irregular y en ocasiones bastante fantaseada, que a la vez sólo incrementa la ansiedad.

A esta edad, aunque la costumbre del chaperón está desapareciendo cada día más, el noviazgo se vuelve un proceso lleno de ansiedad y de culpa. La adolescente tiene que defender a toda costa no sólo su virginidad, sino inclusive el ser tocada. Si la muchacha lo permite, existe en la mente de ella la idea de estar siendo abusada y explotada. En la mente del muchacho, si se deja, existe la idea de que ella es medio prostituta y de que él es muy listo. Bajo ese tipo de contrato implícito se lleva a cabo el noviazgo. Si ella no permite el juego sexual, el hombre buscará a otra muchacha, mujer o prostituta.

Todo esto se complica si consideramos que desde el punto de vista económico y cultural los adolescentes viven generalmente con sus padres hasta que se casan. Los cines, los parques, automóviles y cualquier calle oscura se convierten en lugar para el juego sexual.

Los métodos anticonceptivos no son todavía aceptados por los padres como algo útil, legítimo y recomendable para sus hijos. Su aceptación implicaría darles permiso para que lleven vida sexual antes de casarse. Los adolescentes saben que si los usan tienen que pasar por una serie de decisiones que implican responsabilidad sexual y generalmente no están listos para tomar esa responsabilidad. Por lo tanto, si llegan a tener relaciones sexuales, no sólo lo

hacen sin haber realmente tomado una decisión, sino con culpa y en forma casi automática e inconsciente, y en ocasiones con el riesgo natural del embarazo. A este respecto debemos considerar la gran cantidad de matrimonios que son moralmente forzados y bebés que vienen a este mundo sin que sus padres los deseen, y los efectos que esto tiene en la familia y en la sociedad.

Entrando a la edad adulta y con el matrimonio, a la mujer se le permite tener vida sexual, pero después de tantos años de considerar el sexo como sucio, pecaminoso, prohibitivo y peligroso, son de esperarse pocas posibilidades de que el ajuste y goce sexual venga en forma natural y espontánea, por no hablar de su falta de experiencia. Para algunas mujeres, la vida sexual en el matrimonio toma las dimensiones de un deber tormentoso; para otras, se convierte en algo placentero, pero limitado.

Para el hombre, la vida sexual de la mujer ha sido asociada a la prostituta o la mujer fácil y de ninguna manera a la madre de sus hijos. Por lo tanto, es de esperarse que la cabal gratificación sexual bajo dichas circunstancias sea difícil de llevarse a cabo.

El psicoanálisis, antes de que una minoría conservadora –llamada ortodoxa– lo haya querido institucionarlo como movimiento ideológico, nació, en parte, como una rebelión contra la época represiva victoriana en Europa. Todavía queda mucho por hacerse en el entendimiento y aceptación de la vida sexual. En unos países más que en otros, se han dado pasos hacia adelante, pero todavía en muchos de ellos la represión sexual es un fenómeno que toma proporciones serias desde el punto de vista que se le quiera enfocar. Generalmente, en países en desarrollo, donde existe una importante población rural, todavía se presenta el fenómeno que ha desaparecido en países industrializados, que es el de la histeria. No es simplemente una coincidencia, pero en estos países la represión sexual (y la represión en general) es parte inherente de la cultura y probablemente un elemento decisivo en la etiología de dicha expresión psicopatológica. El puritanismo sexual, el doble estándar, van ligados a una gama de fenómenos psicosociales que impiden el logro de fuerzas creativas en el individuo, y la formación de relaciones más espontáneas y libres entre las gentes.

### **La mujer ante la familia y la sociedad**

La mujer ocupa un puesto muy importante en la familia en general, pero en la mexicana es sobresaliente. El tiempo y la energía que usa dentro del ámbito familiar es especialmente desproporcionado al que puede usar fuera del hogar. Sus funciones extrafamiliares son limitadas no sólo por un condicionamiento

generacional de intereses, sino por una realidad social que no le permite su desarrollo integral.

En México es muy difícil hablar de la mujer por el contenido altamente emocional del tópico. La mujer de clase media en general quiere perpetuar el rol que se le ha adjudicado y cualquier cambio le causa ansiedad, inseguridad y conflicto. Por el otro lado, el hombre no quiere reajustar su imagen frente a la mujer. Pequeños cambios experimentales no ocurren con frecuencia en las relaciones hombre y mujer, y el tema de la liberación femenina es algo que la gente toma con trivialidad o como una mera retórica política de algo que está de moda en el primer mundo.

Las condiciones familiares y sociales no proporcionan metas objetivas satisfactorias para que las relaciones entre hombre y mujer cambien cualitativamente. A la mujer se le educa para casarse primordialmente y para perpetuar la raza. Lo realiza a través de los hijos y se le canta a su belleza y ternura como si éstos fueran de hecho los rasgos típicos de la mujer y de nadie más. Casi nadie está en desacuerdo con esta imagen, e inclusive se considera que de ser de otra manera vendría la descomposición social y familiar. Para algunos, las crisis económicas, sociales y culturales del primer mundo, se deben a la liberación de la mujer o a sus intentos de liberarse. Se usa dicho argumento tanto en reuniones sociales, como en mítines políticos.

Las mujeres que hablan de la cooperación entre el hombre y la mujer en las actividades de la vida cotidiana, así como de igualdad de oportunidades, son escasas. Se identifica a dichas mujeres con los grupos más hostiles del movimiento de la mujer en el mundo y no se les escucha seriamente. Las moderadas no piden igualdad biológica o psicológica, sino igualdad de salarios por el mismo trabajo, igualdad de oportunidades de acuerdo a sus capacidades, educación y experiencia, respeto como seres humanos y que no se les trate como simples objetos sexuales. Es así que cuando una mujer ha logrado con esfuerzo y trabajo una posición en la escala social, se le ve como si no fuera "femenina", sino como una persona que pierde los encantos de "mujer".

Las mujeres, por otro lado, debido a su educación, no pueden contribuir a la realización de sí mismas como quisieran. Envidian a otras mujeres que logran el éxito y las acusan de usar sus "encantos" más que sus habilidades y capacidades simplemente humanas para el logro del éxito. Algunas proponen transformaciones radicales económicas y sociales para el logro de sus metas. No proponen pequeñas ganancias a corto plazo y enfocar sus energías alrededor de ellas en la vida cotidiana como estrategia para sus logros. Comparten la filosofía del hombre latino sobre las especulaciones retorcidas en la apreciación de la realidad social. Hablan

algunas de marxismo y de la lucha de clases; sin embargo, lo obvio, lo concreto, lo cotidiano, el aquí y el ahora, lo desprecian como algo sin importancia.

Además, existe la mujer frustrada de clase media, infeliz, que quiere ver en el movimiento de liberación de la mujer la respuesta a sus preocupaciones personales. Racionaliza y externaliza sus obsesiones en el contexto cultural en que vive y trata de justificar su ineficacia e impotencia con los procesos sociales del subdesarrollo y el machismo. Su inmovilización y su incapacidad para hacer algo por sí misma y para sí misma son admitidas como producto y resultado de la lucha de los sexos en la sociedad construida por los hombres.

El hombre, por otra parte, teme que la mujer se integre como ser humano, pues dicha posibilidad es sexualizada. Si la mujer crece y se desarrolla, también su clítoris se desarrolla y crece. Así, se masculiniza su integración y se temen las repercusiones. En un mundo donde los anuncios de cualquier clase se han sexualizado, los tópicos sociales también han sufrido dicho proceso. Para algunos, un cambio de actitudes y de procesos sociales implica un cambio de sexo o la homosexualidad. El homosexualismo latente, de esta manera, queda sensibilizado cuando se habla de cambio de actitudes y procesos económicos. Se teme la competencia con la mujer aún mucho más que la competencia con el hombre, y se evita toda posibilidad de promociones a la mujer. La mujer como secretaria que sirve café, le compra la torta al jefe o se dedica a enfermera, educadora o trabajadora social, forma parte de las aspiraciones y expectativas del hombre y la familia; aparte de verla como madre, se le patrocina y ella se deja patrocinar.

El esclavo deja de serlo cuando se decide a liberarse. El cambio requiere esfuerzo y trabajo. Generalmente es más productivo si viene desde adentro y no desde afuera. Los logros en el desarrollo humano no se dan, sino se crean y se producen. Los adelantos sociales no suceden, sino es la gente la que hace suceder. Los procesos legales, políticos y aun el cambio de estructuras económicas básicas, no han sido suficientes en algunos países como China o Cuba para que se cambie automáticamente la mentalidad de los hombres hacia las mujeres. No son las leyes por sí solas, y mucho menos los discursos políticos, los que modificarán las relaciones entre los hombres y las mujeres, sino es en el hogar, en la familia, en la vida cotidiana, en el supermercado, en el trabajo, en el parque de juegos, en el café, en la universidad, etcétera, en donde se van a crear y producir dichos cambios. No es sólo hablando, sino actuando, como se va a producir la transformación de los procesos sociales. Es a cada momento y en cualquier parte donde dicha mentalidad puede ir cambiando. No es suficiente el marxis-

mo teórico, el cambio de estructuras económicas y políticas, lo que va a modificar totalmente siglos de herencia en las relaciones entre el hombre y la mujer, sino un esfuerzo masivo a cada instante lo que puede modificar generaciones y siglos de condicionamiento de estructuras mentales y de actitudes.

La conveniencia será para todos. El hombre no tiene nada que temer, racionalmente hablando, si está seguro de sí mismo, si tiene confianza en él mismo y en que las diferencias biológicas y psicológicas persistirán. Puede confiar en el hecho de que las similitudes como las diferencias son fenómenos que están allí no sólo entre hombres y mujeres, sino entre personas del mismo sexo. Que el fenómeno de unisexualidad es sólo una ilusión y una treta más del consumismo. Es significativo notar que este fenómeno de la unisexualidad es una fantasía inconsciente y uno de los temores del hombre. No es que el hombre y la mujer en realidad puedan llegar a ser iguales como se pueda temer. En verdad, la igualdad no va a llevar al hombre y la mujer a tener los mismos órganos sexuales. No es esta la alternativa, sino la liberación de prejuicios, de fantasías, de ilusiones y de los lazos que unen al hombre-niño y a la mujer-madre, al explotador y el explotado, la simbiosis y la sobredependencia. En parte, esta fantasía, esta distorsión, es lo que no permite dichos cambios. Se quiere perpetuar el binomio madre-hijo y se espera que la mujer siga sirviendo, siga dando, y ésta es una ilusión que juegan tanto el hombre como la mujer. No es la relación madre-hijo en las transacciones humanas la que ayuda al desarrollo y a la toma de responsabilidades. Los adultos deben relacionarse como tales. Así, la mujer resentirá menos el papel asignado de madre, y el hombre resentirá menos el papel asignado de hijo. La mujer demandará menos a su esposo ser tratada como hija, en compensación por su rol de madre. La mistificación de la mujer-madre podrá desaparecer del proceso evolutivo de nuestra sociedad. La crisis del matrimonio no se debe a la liberación de la mujer, sino precisamente a la falta de liberación de los lazos entre hombre y mujer. La simbiosis matrimonial en el primer mundo, donde existe la familia nuclear, aislada de la comunidad, está causando dicha crisis. Se espera demasiado del matrimonio y de la otra persona. Son las expectativas irracionales en el matrimonio las que causan la crisis de los mismos y no la liberación de sus lazos basados en fantasías.

## **Juventud y familia**

La juventud ha sido usada y abusada a través del tiempo. Una cantidad de datos ratifican esta aseveración. Las guerras han dejado un saldo impresionante a este respecto. No falta a diario

una declaración en los periódicos de parte de políticos que hablan de los "problemas del adolescente" y su relación con el deporte, la drogadicción o el conflicto generacional.

Cuando se habla del adolescente surge el olor a amarillismo, segregación y paternalismo. Este tema se matiza con un sabor a drama y al mismo tiempo de salvación. El drama es del adolescente, la salvación proviene del adulto. ¿Sería interesante saber qué tratan de salvar los adultos y el por qué el adolescente se ha convertido en el objeto de toda clase de actitudes que van de repudio a la salvación?

La juventud es más que un periodo psicológico, y dicha etapa oscila aproximadamente en nuestra cultura entre los 13 y los 24 años de edad. En realidad es una etapa transitoria entre la niñez y la llamada adultez. Es, efectivamente, una edad cronológica en la vida del ser humano; también es un sistema de características y cualidades que van más allá de la edad cronológica. Sus repercusiones económicas, políticas y sociales han sido consignadas a través de todas las fuentes de información prácticamente en todas las sociedades contemporáneas. Los políticos lo saben y siempre andan buscando formas para canalizar sus inquietudes y hacen toda clase de esfuerzos para integrar al joven a lo que es el mundo institucionalizado del adulto.

Podríamos mencionar aquí que la psicología académica ha venido a formar parte de este ejército de buenas voluntades para conseguir la siempre deseada contradicción de ajustar la juventud a un mundo que al mismo tiempo lo rechaza. El joven, sin embargo, no sólo agudiza las contradicciones de la sociedad en la que vive, pero es la relatividad y contradicción por excelencia. Sus provocaciones constantes no equilibran precisamente los buenos deseos de los adultos, sino que los exacerbaban hasta confundirlos con hostilidad y dolor; y este tipo de situaciones se presentaron en forma masiva en prácticamente todo el mundo occidental en los años sesentas.

Sabemos aquellos que tenemos hijos o trabajamos con niños y adolescentes, que el niño y adolescente de ayer no son los mismos de hoy. Si queremos pensar en nuestra niñez o juventud para conocer al niño o joven de hoy estaremos relacionándonos con teorías o dogmas univerzalizantes pero no con realidades. Querer encapsular al ser humano en esquemas generales y universales es tarea de dogmáticos o narcisistas. Sería negar la dialéctica humana social e histórica y nos conduciría a aplicar leyes para todas las causas y motivos a través de la historia en cualquier parte del mundo.

El joven de hoy no sólo se viste, habla y conduce diferente al de ayer, pero sus experiencias y, por lo tanto, sus estructuras

mentales son diferentes. Los clínicos de ayer ni siquiera podrían pensar en los nuevos diagnósticos de hoy y los de hoy tampoco podemos imaginarnos los de mañana y cómo afrontarlos. Gentes más pragmáticas y realistas han aceptado el hecho de que una persona que no se actualiza cada cinco años resulta estar fuera del orden en lo que concierne a la información, en lo intelectual y en el mundo de las actividades cotidianas sofisticadas. Sin embargo, en la actualidad todavía hay quienes hablan del adolescente sin tiempo y espacio y además como si fuera una mera repetición no sólo de la historia individual, sino colectiva; así, el adolescente —como afirma la psicología académica—, es la reactivación de las pulsiones y conflictos infantiles. Es decir, como si fuera una segunda edición de un libro interesante. Éstas y otras formulaciones se enseñan una y otra vez hasta que dejan de tener sentido hasta para aquellas personas que se han cansado de repetirlo. También se dice que la adolescencia es una etapa de crisis como si las otras etapas fueran de puro jolgorio.

La crisis en los grupos como en los individuos no nacen, sino que se hacen, y es importante entenderlos dentro de un contexto histórico, familiar, escolar y social. Si aceptamos las condiciones y factores que provocan dichas crisis, podemos acercarnos más a su entendimiento. Sin embargo, si insistimos que ésa es la naturaleza universal del adolescente, nos eximimos de cualquier posibilidad de entenderla en todas sus dimensiones.

Se dice que el joven tiene muchas dificultades para responsabilizarse de sí mismo. Debemos pensar qué ha pasado para que llegue a tener tales problemas. Sabemos que un niño aprende a vestirse cuando tiene calor con cierta ropa y con otra cuando tiene frío. También aprende a cuidar sus libros y pertenencias al ir a la escuela. Se va dando cuenta poco a poco que tiene que hacer sus tareas y que tiene que conservar sus útiles escolares y no perderlos. En fin, empieza a aprender a tomar decisiones y tener responsabilidades. Posteriormente al entrar a la juventud tendrá que aprender a transportarse solo, a administrar su tiempo y dinero; ya no habrá tanta supervisión de parte de la escuela en cuanto a sus asistencias, y por lo tanto una exigencia y obligación interna tendrá que operar junto con un interés y una curiosidad de su parte. Este autocontrol, autodisciplina y automotivación tienen que ser creados en el interior del muchacho para llevar a cabo una serie de tareas. Cuando estamos frente a muchachos que no han aprendido todo esto, entonces estamos en condiciones de pensar si acaso no les hemos dado suficientes recursos para lograrlo. El adulto que no sabe tomar decisiones y tener responsabilidades fue el niño y el joven que no aprendió a tomarlos en el transcurso de su vida. No podemos esperar la edad de 24 años para que de repente lo haga.

Es en la familia, en la escuela y posteriormente en la esfera del trabajo, donde se van a aprender y ejercitar la toma de decisiones y la práctica de responsabilidades. El niño y luego el joven no sólo pueden pero deben ser estimulados a tomar participación real en la política de la familia como de la escuela, para que después puedan participar realmente en la política nacional como ciudadanos; y si llegan a formar parte del gobierno, puedan entender que las formas democráticas de gobernar son las más deseables y convenientes, y puedan, dichas personas, tener un sentido de responsabilidad por la autoridad que se les confiere. Que entiendan que dicho poder no es un regalo para ellos, ni para la familia, ni para los amigos; que en realidad es una responsabilidad y que tienen que dar cuenta de ella. Que se den cuenta que es necesario que existan formas reales de evaluar lo que están haciendo y que deban contribuir a que se creen dichas condiciones. Que sean conscientes que no pueden regalar chambas y asesorías o hacer otra clase de negocios de interés puramente personal. Que sus conductas son observadas, registradas e internalizadas por sus hijos quizás adolescentes y por los hijos de sus hijos y los hijos de sus amigos. Esta conducta del hombre de Estado junto con el miembro de la familia y la escuela, van a conformar un concepto de responsabilidad y un modelo de valores para el adolescente que está ávido de formar el propio.

Una mejor participación del joven en la familia, la escuela y la sociedad, junto con un modelo de responsabilidades de parte del adulto, podrá ayudarlo a sufrir menos sus sentimientos de inferioridad e impotencia. Pero sus aspiraciones de crecimiento y desarrollo lo asustan ante la conducta de los hombres supuestos a responsabilizarse y administrar los intereses de la comunidad.

El joven tiene muchas tareas por realizar, y una cantidad de energía es utilizada para lograr sus propósitos, y necesita un ambiente favorable para realizarlos. La verdad es que algunas veces el joven no sólo encuentra el rechazo del adulto, sino su envidia y añoranza.

El adulto menopáusico tiende a burlarse del joven como si en esa forma le dijera que no le interesa su edad y lo que eso significa. En ocasiones intenta mezclarse en los amoríos de sus hijos como si a través de ellos reviviera su juventud. Este tipo de padre considera que ésa es la única época de la vida en que el ser humano puede sentir y expresar sus sentimientos de amor.

La competencia entre padres e hijos crea problemas serios. La madre no tolera en ocasiones ver crecer a sus hijas y que éstas sean capaces de atraer a los hombres. El padre, por su parte, no tolera ver a su hijo fuerte, robusto y varonil, y le resulta como si su hijo fuera un reto a su masculinidad. Los padres tienden a negar

que sus hijos puedan no sólo ser más inteligentes que ellos, sino estar mejor informados de lo que está pasando en el mundo actual. Una necesidad de suprimirlos y de criticarlos puede exacerbarse hasta el límite de la confrontación. La necesidad de seguirlos guiando puede llegar al extremo de someterlos a base de chantajes económicos y emocionales hasta que la comunicación llega a romperse.

Para otros padres la desilusión simplemente de verlos crecer es una pérdida significativa que los lleva a la depresión. En la práctica clínica puede observarse cómo algunos padres resisten toda clase de movimientos del joven encaminados a crecer y ser autónomos. Llegan dichos padres al extremo de calificar a uno de sus hijos de loco y no pueden cambiar dicho concepto y dejar de tratarlo como tal a pesar de evidencias de salud. Difícilmente un padre diría que quiere hacerle daño a su hijo, sin embargo sus actitudes demuestran que no sólo quiere que no crezca, que sane. Esta forma, la enfermedad se convierte en la aliada del padre para mantener al hijo dependiente, impotente e incapaz de salir del control familiar.

Para algunos padres el hecho de que sus hijos crezcan y se independicen significa perder las funciones y roles de muchos años de ejercicio. Además, al irse los hijos, los padres se quedarían sin los intermediarios, sin los pretextos, sin las uniones y, por lo tanto, una frente a otra, cara a cara, algo que han evitado a toda costa. El pánico se cierne en la casa y todos los recursos se ponen a trabajar, para retener al menos al último de los hijos. Las oportunidades y los sobornos se multiplican, y el joven puede caer en la seducción y hasta llegar a sentirse como un privilegiado. ¿Acaso no sucede algo parecido entre la vieja y la nueva generación?

Para algunos jóvenes la solución ante su impotencia es el escape. Un lugar en el campo o la playa, lejos de su casa, viene a ser en su fantasía la libertad. Este fenómeno, llamado la "cura geográfica", es bien conocido por aquellas personas cuya profesión básicamente es la de trabajar con los problemas humanos. Para otros jóvenes la solución es cambiar o curar a su familia. En esta forma creen que sus problemas personales e intrapsíquicos van a resolverse. Llegan algunos jóvenes a fantasear la muerte de uno o de los dos de sus padres para que en esa forma puedan sentirse libres y dejar de tener problemas. Para otros, el irse casados de la casa es el movimiento normal y esperado por todos. Sin embargo, cuántos se van de la casa sin haberse diferenciado de los objetivos de la familia y sin haber nunca cuestionado si eran los mismos que ellos deseaban en el fondo. Cabe la posibilidad de pensarse que algunos jóvenes no tienen objetivos, ni metas. Esto es cierto, pero hay que

pensar que dichas posibilidades en alguna forma fueron suprimidas. El hombre no aprende a reprimir sin la ayuda de los demás.

La familia como la comunidad tienen tareas específicas que realizar con respecto al joven que no son precisamente algunas de las tradicionales. El brindarles la oportunidad para tener responsabilidades no sólo consigo mismo, sino a lo que concierne a otras personas, es importante. La posibilidad para desarrollar habilidades para manejar asuntos de otras personas puede encontrarla en muchos lugares donde se requiere la ayuda de recursos humanos. El trabajar con niños, enfermos, ancianos, etcétera, podría darle la oportunidad al adolescente de experimentar y desarrollar sentimientos que le han sido prohibidos. Experiencias con grupos de diferente edad y clase social son necesarios para vivir en un mundo complejo, plural y heterodoxo. Este tipo de experiencias podrían ayudar al joven a abrirse tanto a las contradicciones internas como a las externas y ser más activo en el manejo de dicha dialéctica.

También el hecho de que los jóvenes puedan experimentar el trabajar donde existan actividades interdependientes con una misma meta, puede ayudarles a trabajar en equipo y lograr satisfacciones con otros en el esfuerzo y el éxito del mismo. Estas actividades pueden ser llevadas a cabo en la casa, en la escuela y en el trabajo, como algo cotidiano y donde realísticamente sea posible.

Para algunos jóvenes sería importante que se les brindara la oportunidad por primera vez de vivenciar una concentración intensiva de actividades para forjar hábitos, disciplina y constancia. Algunos de los problemas que tienen algunos jóvenes en el curso de su carrera y posteriormente en el área del trabajo es el no haber adquirido y aprendido métodos de disciplina para trabajar y cumplir con sus obligaciones.

El joven, por otra parte, debe contar con todas las facilidades para organizarse políticamente y participar en las decisiones de sus actividades académicas y laborales. La organización de la población total y su participación en todas las actividades de la comunidad es un requisito democrático. No debería ser considerado como un tema de discusión, ni como un privilegio, sino como algo esencial del régimen de vida que pretendemos vivir y como parte del desarrollo del joven para llegar a la adultez.

Éstas y otras experiencias son necesarias e indispensables al joven y deben practicarse desde la familia, para que lleguen a realizar tareas que junto a las de la comunidad puedan compaginarse. Pero si la familia, la escuela y la comunidad están viviendo en una oposición constante en una lucha encarnizada por manipular, chantajear y explotarse un grupo a otro, es difícil que el joven

pueda aprender formas saludables para llegar a integrar sus aspectos internos a su personalidad, conciliarse con su familia y adaptarse en forma activa y responsable a la sociedad. Una iniciativa privada junto a un estado rico, pero una vasta población pobre y desorganizada, no es nada alentador para el joven para quererse reconciliar y adaptar al mundo que lo rodea. Una economía racional y respeto por los derechos humanos son condiciones necesarias para que el joven pueda sentirse parte de la sociedad en que vive, y en esta forma pueda expresar deseos activos de participar de manera constructiva en el desarrollo y evolución de la sociedad.

### **La trabajadora doméstica\***

Cuando hablamos de familias, debemos considerar a todos los miembros que viven bajo el mismo techo. Psicológicamente hablando, sabemos que cada persona viviendo bajo el mismo techo, aun si no está relacionada consanguíneamente al resto, es relevante para los demás miembros e influye en el sistema total.

Vamos a ver qué pasa en la familia mexicana de clase media y media alta. Introduciremos un miembro o miembros que considero juegan un papel importante en la dinámica de la familia y que son las trabajadoras domésticas. Esta persona es generalmente una mujer. Ella tiene predominantemente linaje indígena y a menudo viene del campo. Con frecuencia es analfabeta o casi analfabeta. La sirvienta usualmente duerme en la azotea, si es una casa de departamentos; o en un cuarto en el patio o jardín, si es una casa. Esta clase de situación ofrece privacidad y refugio a la trabajadora doméstica cuando la presión está siendo intensa. Sin embargo, ella se encuentra la mayor parte del tiempo con la familia mientras lava, limpia, contesta el teléfono, cuida a los niños y, al mismo tiempo, se protege de ellos.

El rol de la sirvienta varía de acuerdo con el número de trabajadoras domésticas y éste varía a su vez con el **status** económico de la cabeza de la familia.

La familia en cuestión no le permite a la trabajadora doméstica dormir bajo el mismo techo, aunque está la mayor parte del tiempo bajo él. No puede comer en la mesa donde la familia come. No se le permite sentarse en la estancia con los demás miembros de la familia o sin ellos. De esta manera, ella es básicamente discriminada por el sistema y tratada como un ciudadano de segunda clase.

El hecho de que en algunas áreas de la ciudad o de las ciudades

\* Reimpreso de **International Mental Health Research**, Vol. XV, No. 4, Invierno, 1973.

sea difícil alquilar los servicios de una trabajadora doméstica, no resta validez al hecho de que se le considere y trate como a un ciudadano de segunda clase, con sus respectivas consecuencias de resentimiento impotente y callado de parte de las sirvientas, así como la actitud pasivo-agresiva en que se relacionan con aquellas personas que pagan sus servicios.

En esta línea, el ama de casa, con el sacrificio y abnegación que el hombre y la autoridad le demandan, no puede evadir dicha imagen. Como mujer, comparte con la trabajadora doméstica la base de la pirámide.

Es en esta situación que el niño aprende desde una edad temprana que la madre está en alguna forma cerca de esta figura no sólo debido a su sexo, sino a otras atribuciones. El ve que la madre no es suficiente y adecuadamente validada por el padre y el resto de los miembros de la familia y en cambio es vista como la que administra y supervisa a la sirvienta. Así, el niño percibe que en este grupo cultural, la sirvienta y la madre son parte de un subsistema.

La trabajadora doméstica tiene que ver en el crecimiento de los niños. Los niños dependen de ella para muchas actividades, tales como el desayuno, lavado de ropa, ir a la escuela, al parque y como compañía. La sirvienta, de esta manera, se vuelve a veces la más cercana al niño, entre todos los miembros. Las fronteras no están bien definidas en algunos aspectos, pero son claras en otros. Así, el niño expuesto a una extrema dependencia y cercanía, pero al mismo tiempo se espera que ponga distancia entre él y la sirvienta y que la mire hacia abajo. Esta conducta es reforzada constantemente por la familia, la cual considera dicha conducta apropiada. Si esta imagen es internalizada, va a volverse un objeto interno con cualidades ambigüas y cargado de mensajes dobles. Tal vez una de las razones para algunas de las barreras y fronteras impuestas a la sirvienta sea el temor del ama de casa de ser identificada con ella.

La gran cantidad de actividades llevadas a cabo por la trabajadora doméstica disminuye las actividades del resto de los miembros en la casa casi a cero. Esto es más obvio cuando hay más de una trabajadora doméstica. Así, las interacciones entre los miembros se vuelven mínimas y basadas en funciones receptoras. De esta forma, la pasividad se vuelve una fuerte característica del sistema familiar. Este aspecto afecta particularmente a la madre, cuya autoestima y sentido de utilidad en la familia es nulificado. Sin embargo, toda la familia pierde la oportunidad de tener relaciones activas, y la cooperación entre los miembros no es estimulada.

Otro rol de la sirvienta es aquel en que se le echa la culpa por

cualquier cosa que vaya mal en la familia. Este elemento es intensificado si la familia tiende a usar como dinamismo defensivo la negación. La trabajadora doméstica se vuelve el blanco del desplazamiento para todas las cosas "malas" que pasan en el sistema. En esta forma, si la madre está molesta con el esposo, pero le teme, usará a la sirvienta como chivo expiatorio. Esto no facilita la comunicación entre esposo y esposa, aunque pueda ayudar a la mujer a expresar su coraje. Si algún objeto se llega a perder, la credibilidad de los niños no es expuesta. La sirvienta se vuelve blanco fácil para la culpa, permitiendo a los niños una manera de salir del paso y escapar de las responsabilidades de su conducta.

Resumiendo, diremos que el rol de la trabajadora doméstica es un factor importante en el sistema familiar y tiene implicaciones sociológicas. No ayuda al **status** de la mujer en una sociedad de los hombres. Perpetúa la explotación de la mujer. No promueve relaciones activas entre los miembros de la familia. La presencia de la trabajadora doméstica crea pasividad, falta de cooperación y un pobre sentido de participación en las tareas de la familia. Produce confusión en la mente del niño en sus relaciones y la internalización de una ambigua devaluada-omnipotente, cercana-distante, imagen femenina. Además, no ayuda a la formación de un ser responsable. Con la evolución de nuestra sociedad, esperamos que dichas relaciones sea modificadas con el tiempo y que se tomen medidas legales y de otra índole para que se estudien más a fondo dichos problemas, para que dicho sistema primitivo desaparezca. La asistencia legal, como la humanización de los sistemas familiares, serán aspectos que pueden ir unidos para que se realicen transformaciones básicas en lo que se llama servicios domésticos.

### **La familia numerosa**

La familia numerosa es un fenómeno mexicano que no sólo pertenece a las clases socioeconómicamente bajas, sino también a la clase media, aunque probablemente con menos frecuencia. Cuando hablamos de una familia grande o numerosa tenemos que tomar en cuenta el país o sociedad en que se vive. En México se puede hablar de una familia grande después del quinto hijo, y además considerando, desde luego, la posibilidad adicional de un primo, un tío, un abuelo, que en ocasiones requieren más atención que los propios hijos.

Desde luego, es obvio que la familia numerosa ofrece una serie de problemas y conflictos en mayor proporción que una familia pequeña. La cantidad de estos problemas a veces se diluye al grado

de que conflictos y crisis son desapercibidos por sus miembros, pues se han acostumbrado a que siempre está sucediendo algo.

Debemos considerar que no todas las familias numerosas son iguales. Podemos diferenciar, por lo menos, con cierta facilidad, dos tipos de familias.

La familia con padre irresponsable, desobligado, negligente, que no le importa lo que pase. Dicha familia es usualmente desorganizada, existe el caos y uno de los dos, generalmente el padre, está ausente permanente o temporalmente. En dicha familia los hijos van y vienen y no existe prácticamente supervisión hacia ellos. Las posibilidades de corrección y enseñanza por parte de los padres es prácticamente nula. En dicha familia existe un hijo o dos que tienen que crecer prematuramente y tomar a su cargo ciertas responsabilidades que en realidad pertenecerían a los padres bajo otras circunstancias más desahogadas. Dichos hijos o hijas se vuelven en ocasiones los proveedores de la familia y se les asigna el rol de padres complementarios. Sacrifican su crecimiento normal, y de adultos se vuelven resentidos y al mismo tiempo voraces y demandantes, aunque en forma indirecta, queriendo cobrarse por lo que pagaron en toda su vida. Requieren del elogio de todos por su sacrificio y abnegación. Ganan prestigio y la envidia de los demás hermanos, y en ocasiones el celo importante del padre que ha abdicado su autoridad.

Tenemos también a la familia con padre responsable. Esta familia es estructurada y disciplinada, pero conservadora, y por algunas razones, por ejemplo religiosas, considera que debe tener los hijos que Dios esté dispuesto a mandarles. En dicha constelación familiar se sigue un régimen estricto como estrategia de control, y el padre se trae "marcando el paso" a sus hijos, mientras la madre apenas se da a vasto con todos los quehaceres de la casa y trata de que las trabajadoras domésticas, si las tiene, se multipliquen. En dicha familia, sin embargo, existe por ahí un hijo olvidado, abandonado, a quien nadie le hace caso. Dicho hijo, a su vez, se le pega a quien puede y, si tiene suerte, alguien le hace caso de vez en cuando. En dicha familia también existe, en ocasiones, el hijo sofocado, asfixiado por el régimen represivo y disciplinario. Este hijo lucha por su autonomía e independencia, pero la presión del grupo es muy fuerte y no puede lograr sus propósitos de crecimiento. Los hijos de dichas familias tendrán dificultades para tomar decisiones, pues siempre es el grupo el que lo hace.

En general, dichas familias numerosas de un tipo o de otro tienen características similares como sistemas. Por ejemplo, las relaciones entre los miembros tienden a ser más bien horizontales que verticales, debido a que los padres no están mucho tiempo con cada uno. Por otro lado, cada miembro de la familia busca en el

grupo su seguridad y estructura personal. Sin embargo, no todo es confort y seguridad entre los hermanos, ya que debido a la tradición el grande tiene la autoridad sobre el menor como un medio precario de establecer control por parte de los padres y los hermanos; por otro lado, pelean entre sí por robarse el poder del más grande. Todo esto causa resentimiento, puesto que algunos hermanos, debido a la edad y a otros problemas personales relacionados con la rivalidad, usan el poder en forma arbitraria y abusiva. Con el tiempo, los hermanos con poder y privilegios quieren conservarlos por una eternidad, causando fricciones innecesarias ante el crecimiento de los hermanos menores. Las percepciones tanto de los hermanos mayores como menores, así como las fantasías involucradas en dichas relaciones de patrocinio y sumisión, son difíciles de romper y ser transformadas, sobre todo si la familia las refuerza en vez de democratizarlas. Así, la democracia se sacrifica por las relaciones jerárquicas tradicionales y de esta forma nacen y se desarrollan estilos que posteriormente se vuelven características de futuras transacciones fuera de la familia. Lo que se mama no se olvida. La práctica de los procesos y relaciones democráticas nacen en el ejercicio cotidiano de la vida familiar.

En dichas familias se da un proceso de politización en una forma implícita y se desarrolla una lucha donde no existen reglas precisas y claras del juego. Las políticas de la familia no son verbalizadas, y las reglas y regulaciones no se ponen sobre la mesa. Así, los miembros del grupo familiar hacen campañas de convencimiento y alianzas para derrocar al hermano mayor si éste se deja o abdica del poder que por costumbre se le ha otorgado. En ocasiones, dicho desbancamiento es ocasionado por la presión desde arriba, ya que uno de los padres, ya sea por rivalidad o por castigo, le quita privilegios a uno de los hijos mayores y empieza a dárselos a uno menor. Todo esto, desde luego, sin previo aviso y sin declaraciones explícitas de lo que está sucediendo, y sin que los miembros estén conscientes de dichos procesos.

Los hijos no sólo pelean por la distribución del poder, sino por la atención de los padres. Es tan poco el tiempo y la energía de los padres, que los hijos se las pelean con sus estilos propios y utilizando toda clase de artimañas para lograr sus propósitos.

La organización de estas familias numerosas es parecida a los sistemas sociales en desarrollo con mucha población y pocos recursos. La autoridad otorga poder y privilegio a unos cuantos como una manera de control y de busca de aliados políticos para la aplicación y dominio de un estilo de vida. Se desarrollan, bajo estas circunstancias, técnicas de manipulación, y la política se convierte en muy compleja. La escasez hace a la gente ingeniosa

para conseguir suministros, ya sean materiales o afectivos. La familia numerosa se convierte así en un sistema social sobrepoblado y lleno de carencias en una batalla de estrategias donde una buena parte de la energía de sus miembros se utiliza para alcanzar algunas migajas.

Debido a que los padres tienen que trabajar mucho —la madre en la casa y el padre fuera para proveer a todos de lo necesario—, ellos poseen poca energía y prestan poca atención hacia ellos mismos, dificultándose las relaciones íntimas y las gratificaciones afectivas a un nivel profundo. Los padres están sobretrabajados y no desean una vida expansiva fuera de la casa que pueda proporcionarles satisfacciones personales.

El nacimiento de cada nuevo hermanito es experimentado por los otros como una boca más y como una nueva privación. Los celos se recrudecen en tales condiciones, y la rivalidad se incrementa.

Los padres tienen diferentes ideas, algunas veces conscientes y otras inconscientes, del por qué tienen tantos hijos. Algunos hombres tratan de probar su hombría cada vez que embarazan a la mujer. La mujer, en ocasiones, trata con cada hijo de retener o acercar a su marido. Otras parejas tratan con cada hijo de mejorar su matrimonio, aunque los resultados no sean los esperados, sino que en muchas ocasiones sucede lo contrario. Los dos padres buscan, en ocasiones, en cada hijo, la ilusión de nuevas satisfacciones y gratificaciones para satisfacer necesidades y carencias pasadas y presentes. La mujer, algunas veces, tiene la impresión de que con cada hijo se realiza como mujer. Otras, uno de los padres ha sido huérfano o con padres divorciados y trata de amplificar a la familia que echa de menos. A veces es simple ignorancia. En fin, las fantasías, motivos y factores son muy variados y van de acuerdo con la historia personal de cada uno de los padres, pero los propósitos en cada uno de ellos no llegan a realizarse por estar basados en falsas premisas.

En muchas de estas familias numerosas, independientemente de los motivos, razones, fantasías, etcétera, por los cuales se tienen tantos hijos, existen como factores comunes a la estructura familiar la privación, escasez, temores hacia la incapacidad de sobrevivir material o psicológicamente, politización implícita y manipulación. Existe en muchas de estas familias un espejismo barnizado de democracia, pero la realidad es que las decisiones se toman arbitrariamente y el consenso no importa. Se forman alianzas de unos hijos con uno de los padres y de hermanos con hermanos, mientras los restantes se medio organizan entre ellos y se convierten en simples apéndices o miembros marginados. La falta de privacidad y de territorio no deja desarrollar a los hijos un

sentimiento de autonomía e independencia y crecen con la dificultad para tomar decisiones sin el grupo y sus líderes. La familia numerosa puede tener sus connotaciones románticas y heroicas, pero en realidad, en nuestro tiempo, es difícil pensar que se pueda dar la debida atención a cada uno de sus miembros y se pueda dar en forma realista una buena educación y formación personal a cada uno de sus integrantes.

### **Niños fuera del matrimonio**

En el caso de los hijos que nacen fuera de un matrimonio, generalmente se piensa que van a sufrir mucho, pues no han nacido y crecido en el seno de una familia, lo cual es sinónimo del óptimo medio en que un niño puede desenvolverse y crecer emocionalmente. Esta actitud implica, por ahora, que no existe un ambiente tan favorable donde puedan crecer, desarrollarse y formarse los niños. En realidad, no contamos en México, a nivel nacional, con otros lugares donde podamos dejar crecer y educarse a los niños en forma premeditada y planeada. Por otro lado, pensamos que para que los niños sean sanos y felices necesitan ser el producto de un matrimonio legal.

En la clase media se dan casos en que, en un noviazgo, existe un embarazo. La familia de la muchacha se siente victimada. El muchacho es puesto en el banquillo de los acusados y se le exige que repare el daño. Todo esto se convierte en escaramuzas y luego lo inevitable, el muchacho acepta y se casa para "normalizar" las cosas. Después el incidente se olvida.

En ocasiones, el muchacho o la muchacha se resisten a seguir el juego y convienen en un aborto ilegal de los muchos que existen a diario. En otras ocasiones, lo que sucede es que la familia de la muchacha considera que la mejor solución es dar al hijo en adopción y para esto existen lugares que se dedican a tomar a la muchacha por el tiempo de gestación hasta que nace el bebé. Durante ese tiempo la familia de la muchacha opta por decir que se fue de vacaciones con una tía a Europa, o algo por el estilo. Posteriormente, el niño se da en adopción. En este caso, la mamá biológica se "olvida" del incidente y la familia salva una vida más y, sobre todo, el honor. A veces la muchacha decide, por ignorancia, por miedo o por convicción, que desea tener al hijo. La situación, desde un punto de vista personal primariamente, y luego social, no es fácil. El aborto no se ha legalizado en ningún estado en la República Mexicana y, por lo tanto, es complicado y peligroso. El aspecto religioso, así como factores existenciales, influyen para que el hecho no se acepte y pueda ser manejado con

racionalidad y pragmatismo. La madre ya ha internalizado que en dicha crítica y conciencia social sobre el nacimiento de su hijo el conflicto es más con ella misma que con la sociedad. Su dilema ha sido: si aborto no está bien, si tomo anticonceptivos y tengo sexo está mal, y si tengo relaciones sexuales y no uso anticonceptivos me embarazo y tampoco lo apruebo. La solución para ella es no tomar anticonceptivos y no tener relaciones sexuales hasta que llegue al matrimonio, si es que se casa. La actitud moralista de nuestra sociedad a este respecto es infalible.

Debido a todas estas complicaciones, prejuicios y valores sociales, sucede que nacen niños fuera del matrimonio. Si es mujercita, tiene el problema de encontrarse con una madre culpable, a quien no se siente segura de poder ser una madre respetable para su hija. La hija percibe dicho sentimiento y luego la internaliza para sentirse sucia y devaluada a su vez. Para esta madre, el estar sola con su hija le resulta fácil sostener una relación sobredependiente con ella, con la cual se identifica como víctima de un mundo poco comprensivo. Si existe una abuela que influya en la joven madre, se hará cargo del bebé y la madre abdicará de su rol, creando una confusión en la criatura no por el hecho de tener "dos mamás", sino por el hecho de que la biológica abdica de su papel para convertirse en la "hermana mayor" de su propio hijo.

Si el bebé nace hombre, debido a la estructura de nuestra sociedad, se le falta al respeto con facilidad y aparecen varios padres por ahí que están dispuestos a ejercer la autoridad, pero a dar poco a cambio. El niño crecerá con un sentimiento de humillación constante y una fuerte inseguridad.

En general, sean de un sexo u otro, estos niños crecen desprotegidos. Viven para sentir su desventaja y marginación. La madre se siente culpable por no darle un padre a su hijo, y la gente alrededor no se frena en sugerírselo. Si la madre llega a casarse con otro hombre que no sea el padre biológico del niño, tiene dificultades para que el niño sea aceptado por el padre adoptivo. Si se tienen hijos posteriormente, la suspicacia de la madre es grande con respecto al hijo desventurado que no es producto del matrimonio legal y religioso. La integración de la familia se lleva a cabo con recelo y en ocasiones es causa de desunión emocional y fricción entre los esposos.

La manera de evitar todo esto es la educación sexual en la familia y fuera de ella. La negación de los padres hacia la vida sexual de sus hijos es un fenómeno usual y trae como consecuencia problemas como los anteriormente mencionados. Una política más abierta y franca es necesaria con respecto a los anticonceptivos, el aborto y el sexo en general. Se ha aceptado la pornografía en todas las esquinas de la ciudad, pero no se han aceptado la

competir con una madre mistificada en vida e idealizada en muerte. Su situación es difícil y la comprensión del hombre y un trabajo prudente y consistente son necesarios para la adaptación y aceptación de todos a la nueva vida y a la "intrusa".

Si la mujer enviuda siendo joven recibe dobles mensajes. Eres joven y necesitas un padre para tus hijos. Sin embargo, no se le dice que necesita un hombre para ella. Si se le llega a decir que necesita un hombre para ella, generalmente contesta que sólo necesita un padre para sus hijos. El recuerdo del marido y una vida de fidelidad de esposa y madre no le permiten internamente aceptar una vida sexual fácilmente. El problema se ha internalizado y su lucha es con ella misma.

La mejor situación para los viudos es cuando no existen hijos de por medio. Los hijos, en esta forma, son directamente causa de conflictos en los casos de viudez y un segundo matrimonio. Son éstos los que han sido condicionados a esperar que los padres se casen para siempre y éstos son los que les han inculcado dicha mística. Se niega, desde el principio, la posibilidad no sólo del divorcio, sino de la viudez. Se niega, en fin, que los padres puedan separarse por cualquier condición, y cuando esto acontece no se explica que pueda existir otra unión de parte de uno de ellos. Cuando se habla de otras parejas delante de los hijos, o se plantea el problema de la viudez y otra unión, siempre se toma a la ligera o en tono de chiste, como si esto nunca fuese a acontecer; por otro lado, los padres fomentan la idea de que nunca pensarán en alguien más y todo el mundo se los cree. Cuando la viudez viene, nadie está preparado para enfrentarse a dicha fase de la vida matrimonial.

La viudez es una etapa natural del matrimonio; como la muerte es para la vida. La gente se casa y en un momento dado uno de los dos muere y el otro quedará necesariamente viudo. Esta fase natural y necesaria del matrimonio casi nunca se acepta como un hecho, como una realidad y, por lo tanto, no se prepara a la familia para recibir dicha etapa. Se esperan hijos del matrimonio, se espera la muerte de uno de los esposos, pero la viudez se niega.

Los viudos deben tener los mismos derechos que otra gente. Las mismas satisfacciones que los demás. Tienen el derecho de vivir en compañía y llevar una vida sexual. El mito de que los niños y los viejos son asexuales es todavía la secuela de nuestra mentalidad victoriana. Si se enviuda cuando es joven, todo mundo reconoce conscientemente que un compañero es necesario, pero se requiere trabajar consigo mismo si en el fondo se está aceptando dicha posición y se está ayudando activamente a los viudos y los hijos a aceptar la nueva situación. Para llevar a cabo una participación activa y positiva en dicha dinámica familiar, se requiere una

reformulación de nuestros esquemas mentales y nuestras actitudes hacia lo que constituye una etapa natural en el matrimonio. Es precisamente en esta forma que se protege al núcleo familiar, al convertirlo en algo más flexible y más funcional para el individuo y para la sociedad.

## **Divorcio**

La palabra divorcio denota usualmente en la mente de las personas algo que no debe suceder. Lo ideal para la mayoría de la gente es que los esposos no se separen. Sin embargo, el divorcio en México, como en algunas otras partes del mundo, es una realidad como proceso legal, psicológico y social, y es importante tratar de entenderlo.

Se cree que el divorcio crea problemas **per se** y, por lo tanto, la sociedad lo rechaza en una manera u otra. Se sabe que un matrimonio, aun siendo estable, puede ser insatisfactorio. También es de comprenderse que un matrimonio infeliz puede ser causa de perturbaciones emocionales mayores para la familia que una separación a tiempo. La realidad es que la problemática, por ejemplo de los hijos, se debe al desequilibrio de uno o de los dos padres y al deficiente o distorsionado manejo de ellos. Sin embargo, se estigmatiza más el divorcio que la pésima relación matrimonial y el desastroso manejo de los hijos. Aquí podemos mencionar la poderosa influencia del cristianismo y su aseveración moral que nos transmite la idea de que el divorcio es la desorganización moral de los miembros de una familia, siendo un argumento aprovechado por los políticos en sociedades básicamente cristianas.

Por otro lado, existe el mito, en este caso con la ayuda de estudios basados en una moral sexista, que nos trata de convencer de la idea de que la mujer es el ser más apropiado, debido a sus "instintos maternos", para cuidar y educar a los hijos. Debido a que la mujer es usualmente complementada y sostenida por el varón, no se puede concebir fácilmente la idea de un medio adecuado si existe el divorcio de por medio; así, el aspecto económico de nuestros sistemas sociales viene a fundamentar en la mente de las personas ideas moralistas acerca de lo diabólico del divorcio. Todo esto, naturalmente, a pesar de las observaciones en el sentido de que a algunos niños les va mejor con padres divorciados que al vivir con ellos observándolos pelear todo el tiempo.

Las causas del divorcio son muy variadas. En la mayoría de los casos los verdaderos motivos están tan sepultados que no logran

para su satisfacción personal. La custodia de los hijos es sólo otra de las acciones legales del divorcio que van más allá de la razón y la lógica. Las bases de la custodia son tan injustas a veces y llenas de prejuicios, que se requiere probar, por ejemplo, que la mujer es lo peor en este mundo para privarla de lo que es, por otro lado, "su instinto maternal". La verdad es que la corte es absolutamente incapaz de formular juicios para probar quién es más apropiado para cuidar a los niños, pero su interés es y ha sido básicamente descubrir quién es el culpable en alguna forma.

En realidad, sería más práctico pensar en ayudar a los hijos y que éstos, cuando los padres se divorcien, no se sientan responsables y culpables, además de tristes, solos y abandonados. A veces no se les dice la verdad y se acumula otra porción de secretos al arsenal de su historia personal. Se podría ayudar a los hijos no distorsionando la imagen de uno de los padres para ganarse su afecto y lavar la culpa.

Si uno de los padres se vuelve a casar, se podría ayudar también a los hijos a ir asimilando al nuevo elemento en la familia. La integración es lenta y puede evitarse la presión. Se puede tener en mente, y así decirlo a los hijos, que se casan por amor y no por brindarles un padre o madre sustituta. Desde luego, todas estas buenas intenciones podrían realizarse si el divorcio no desencadenara una situación de guerra franca entre los padres y si los hijos no fueran usados para dichos propósitos bélicos.

El divorcio puede significar otra oportunidad y una manera de salir de una situación imposible de continuar, una forma de rectificar errores en vez de sufrirlos para siempre. Es, por lo tanto, una libertad, una alternativa ante la vida. Sin embargo, hay que reconocer que el divorcio psicológico es lo más difícil de lograrse, o sea, la separación del yo de la personalidad del exesposo y funcionar como un ente independiente y autónomo. Lo importante para una persona divorciada es trascender dicha identidad y no convertirse en eso, en divorciada que hace una vida alrededor de esa imagen.

## **Familia e ideología**

En toda familia existe una ideología. Ésta es transmitida a sus miembros en forma implícita, explícita, inconsciente o conscientemente. Esta ideología han sido transmitida a su vez por la anterior generación y así sucesivamente. Recordamos que toda institución social tiene funciones y metas por realizar. Estas funciones no sólo difieren de un país socialista a un capitalista, sino de un país industrial a uno rural, de una clase social a otra, etcétera. Es diferente un **hasidim** o un padre musulmán a un padre sueco.

También es diferente un psicoanalista en un país conservador y represivo en comparación de lo que sería en un país progresista y democrático. Así, la escala de valores (incluyendo actitudes ante el sexo, la autoridad, la agresividad, la servidumbre, la autonomía, etcétera) es determinada no sólo por el país, sino por la tradición, la clase social y el tiempo en que se vive. La familia, la educación, la ciencia, etcétera, tienen, por lo tanto, una forma específica de evaluar lo que es adecuado y lo que no lo es, y adolecen de una filosofía, un marco de referencia o una ideología.

Como la familia no está aislada del resto de los sistemas sociales y, por lo tanto, de otras familias, la ideología es el producto de muchas influencias. Actualmente la radio, la televisión, la iglesia, el gobierno, etcétera, imponen una ideología. Todas estas fuerzas creadoras de ideología están entrelazadas para preservar su influencia ante las gentes, incluyendo, naturalmente, a la familia. Esta ideología representa una concepción de la sociedad, del trabajo, el dinero; en fin, una concepción del universo.

En México, la clase media tiene una ideología que ha sido transmitida a través de todos los medios de comunicación posibles. Una de las características de la familia de clase media educada en su conservadurismo. Esto es lo que los hijos de los padres de clase media aprenden y es un reflejo directo de lo que sus padres son. La ideología no consiste en lo que se dice, sino en lo que se hace y en cómo se vive. La ideología es el resultado de la relación particular del hombre con su familia, con la mujer, con la escuela, con el trabajo, con el dinero y con los objetos en general. Es esta cotidianidad lo que hace a la ideología.

Básicamente, México se sustenta en la organización social de la familia. La familia no sólo es transmisora de valores, sino también transmisora del poder, no siendo una mera casualidad el hecho de que unas cuantas familias lo ostenten pero que las nuevas generaciones de estas mismas familias se estén ya preparando para seguir conservándolo. Tampoco es una casualidad que dichas familias y sus miembros actualmente en el poder estén en contra de otro tipo de organización social que vaya más allá de las implicaciones familiares y que todo movimiento que intente un paso evolutivo de descentralización de células clánicas y tribales sea inmediatamente destruido. Así, toda filosofía y marco de referencia que trascienda el núcleo familiar es considerado como desintegrador social, o sea, que vendría a desintegrar en realidad la transmisión del poder en unas cuantas familias.

Es así como la familia cumple la función de transmitir una ideología que estabiliza y equilibra las condiciones de nuestras vidas, a pesar de la contundente evidencia del deterioro de nuestras instituciones sociales, ya sean políticas, científicas o culturales.

a formar un nuevo hogar, donde a su vez se convertirán en padres de sus hijos.

Los roles sociales se aprenden fundamentalmente a través de procesos que incluyen la imitación y la identificación. Se practican, se experimentan y se corrigen todos los días, al ver a otras personas que a su vez lo imitaron de otras personas. El énfasis en la mentalidad del "papá de los pollitos" es un fenómeno que fácilmente se observa en México. El paternalismo, el caciquismo, son aspectos conocidos por todos. Dichos procesos provienen del establecimiento de patrones y modelos dados por la familia, que son transportados y diferidos a otras instituciones y sistemas fuera del familiar.

El niño va a la escuela y encuentra que el maestro lo sigue tratando con la misma actitud autoritaria que en su casa. El maestro cuenta con el apoyo de los padres del niño para que éste siga todas las instrucciones y órdenes que se le dan sin protestas, diálogo o cuestionamiento alguno. Esta línea de conducta va de la casa a la escuela, y el niño aprende a obedecer y callar. El sistema escolar da información y trata de moldear y programar la mente del niño. El niño permanece recibiendo dicha información. La crítica, la iniciativa y la creatividad no son elementos importantes dentro del programa escolar, y la relación entre maestros y alumnos no es tal que facilite el desarrollo de dichos potenciales.

Los alumnos tienen poca participación en la escuela. Los grandes grupos y la cantidad de problemas individuales no diagnosticados y evaluados apropiadamente hacen imposible que el maestro pueda atender individualmente sus necesidades y canalizarlos al lugar apropiado. La familia, como la escuela, no promueven la transmisión de la niñez a la adultez. Los años de escuela son prolongados para la clase media, fundamentalmente aquella con aspiraciones profesionales. El sistema educativo fomenta la dependencia en el llamado estudiante y le da pocas oportunidades reales en el mundo fuera de la escuela para aprender a ser efectivo. La orientación es de carácter individualista y cognoscitivo y de ninguna manera ofrece al estudiante las oportunidades de aprender a tomar decisiones y practicar responsabilidades sociales, pues dichas aspiraciones legítimas no son parte del **currículum**.

El contacto de la familia y la escuela es mínimo o inexistente. La liga de la familia con la sociedad se ve afectada, ya que la solidaridad hacia la familia se enfatiza a expensas de la solidaridad hacia otras instituciones. Además, dicha liga se fragmenta debido a la división del mundo externo, donde el padre pasa la mayor parte del tiempo, y el hogar, que es el mundo de la mujer. Por otro lado, los padres, a su vez, han sido educados para no

criticar a las autoridades y a la escuela. El castigo, que a veces llega a ser físico, es recordado toda la vida. Las malas calificaciones y el efecto en la casa al respecto, todavía existen en la mente de los padres.

El sentido de comunidad y el efecto que puede tener el individuo sobre las instituciones no es algo desarrollado en la cultura. El policía, el cura, el maestro, el médico, son autoridades que como tales no están en posición de dar información, de ser confrontados y demandados si es posible. Abusos en la familia y falta de respeto hacia los niños, son de esta manera transferidos fuera de la institución familiar. México está formado por niños miedosos y padres abusivos. En dicho mundo no hay mucho espacio real para adultos y para mujeres.

En el mundo de los negocios existe "el patrón", "el jefe", al que se respeta, se venera o se teme. El jefe es todo poderoso y patrocinante. Se le agradece el ofrecimiento de un trabajo, de un aumento de salario, y su bondad por ser escogido por él para llevar a cabo una tarea. Se le habla con tono diferente al resto y se trabaja cuando se le ve venir. La necesidad del jefe de jugar su papel lo lleva a la adquisición de elementos valorativos y símbolos de autoridad y **status**. El portafolios, el escritorio más grande, la secretaria privada, el café que se le hace y sirve todos los días y otros rituales, son muy importantes y le toman una buena cantidad de su tiempo. Tanto el ejecutivo como el profesionista en México están muy ocupados todo el día. Buena parte de su energía la gastan en ejercicios de diferenciación y de **status** y prestigio. El título, si lo tiene, siempre va por delante y siente que será tratado de acuerdo a como se viste y al modelo de carro que posee.

El modelo de la familia y el concepto de autoridad es, en esta forma, exportado a otros sistemas. La mujer ocupa el lugar que le pertenece. En las instituciones son secretarias y de ninguna manera se les ocurre fantasear con ocupar puestos de responsabilidad de acuerdo a sus cualidades intelectuales y sus habilidades específicas relacionadas al trabajo que ejecutan. En la familia se espera que los hombres estudien, trabajen, se capaciten y lleguen a triunfar. A las mujeres se les asigna la función de lograrse en la vida mediante matrimonio, y éste en la mente y en el estilo de vida y sistema de valores forma parte de sus roles y funciones. Al hombre se le incita a los deportes; a la mujer se le niega la participación cuando se puede. Al hombre se le programa para triunfar; a la mujer para perder y admirar al ganador. La mujer pasa a formar parte, automáticamente, de la otra mitad del mundo de los mexicanos, que es el mundo de los niños, y como tal será patrocinada.

El adulto, hombre y mujer, en esta forma, no es un rol que sea

contrario, el sistema abierto y no patrocinante busca que sus miembros tengan la oportunidad de comparar y conocer las diferencias para que, en última instancia, tengan la convicción de que las reglas, regulaciones y roles que están jugando son suficientemente válidos y saludables.

En dichos sistemas abiertos el líder no abusa o abdica de su autoridad, pero la usa con la participación de los demás y enriquece su posición al enriquecer a los demás con su participación activa y con la iniciativa y crítica de cada uno de ellos. En dicho sistema existe un proceso democrático que estimula el **status** de sus miembros, y los mueve a volverse más independientes, diferentes y autónomos, dentro del sistema o fuera de él. El crecimiento, la individualidad y la libertad son los ingredientes del sistema, y no el apadrinamiento, el patrocinio, el dogma, el miedo.

El patrocinio en la familia mexicana, como en otros sistemas sociales en México, es predominantemente una característica muy importante. No importa qué se diga verbalmente y que divulgue la palabra apertura; no es suficiente la conceptualización y la verbalización de la palabra libertad o democracia para que exista en realidad como un hecho cotidiano. El engaño, en este caso, se vuelve un ingrediente más para la conservación del **status** y la homeostasis. Los padres de familia pueden decir constantemente que sus hijos son libres como pájaros sin señalar dónde están sus jaulas. Así, los políticos hablan de la democratización de los sistemas políticos, cuando en realidad la gente más sofisticada e informada es la que menos vota y menos fe tiene en dichos procesos "democráticos". Es la gente menos educada de México, la clase patrocinada, la que es llevada y manipulada a través de la intimidación y la fuerza. Los disidentes en la familia, asociaciones profesionales o sistemas políticos, son castigados en muchas formas y se les demanda de muchas maneras su participación siempre y cuando sigan las normas y regulaciones del sistema al pie de la letra. Cualquier interrupción de dichas consignas y atribuciones pone en peligro sus derechos de aceptación y en ocasiones de sobrevivencia digna como familiares, profesionales o simples ciudadanos.

Por lo tanto, es el sistema abierto el que ofrece, por su flexibilidad y aceptación de las diferencias y características realmente democráticas, una mayor posibilidad a la persona para enfrentarse a los más complejos procesos económicos, psicológicos, políticos, ecológicos y sociales del futuro. Y es precisamente en el seno de la familia donde se van a aprender y adquirir dichas características y cualidades que son parte integrante de los sistemas abiertos.

Las familias pueden ser sistemas abiertos o cerrados. En la

familia, con un sistema cerrado, el horario, el espacio, la ropa y las maneras se ponen a régimen. La autoridad gira alrededor de asuntos relacionados con la disciplina, el cumplimiento y la fidelidad. El afecto es medido y controlado y forma parte de los hábitos y las buenas costumbres.

En la familia de sistema cerrado existen sólo los líderes y los seguidores. No se permite que alguien solo quede al margen o existan opositores y rebeldes.

En la familia de sistema abierto existe flexibilidad en el tiempo y el espacio. La ropa y las maneras son tolerados. La autoridad busca la participación y el consenso del grupo. La cooperación es requisito para el funcionamiento de la unidad familiar. El afecto es expresado con autenticidad y espontaneidad. La energía se puede diversificar tanto a tareas individuales, como a tareas de grupo. En una familia con un sistema abierto existe orden, un fuerte sentimiento de responsabilidad y consistencia, donde las negociaciones tienen cabida. El caos no se permite, sino que la estructura se conserva para el mejor funcionamiento de los individuos y el grupo, con el consentimiento y participación activa de todos.

### **Los profesionales**

Es una minoría la que tiene acceso a la educación superior en México, así como en América Latina en general. Dicha minoría tiene una serie de características y cualidades que le son peculiares debido a su posición en la estratificación social y en la irregularidad de la distribución de la educación y la información. El hecho mismo de mirar a su alrededor y encontrarse con un mar de ignorancia, la hace sentirse una aristócrata de la cultura; seleccionada por la historia para representar intelectualmente a las grandes masas.

La posibilidad de poner sus conocimientos al nivel de una gran mayoría no se le puede ocurrir más que por razones políticas y, por lo tanto, con metas a corto plazo. La razón por la que las metas son a corto plazo es, en parte, la inestabilidad de nuestro carácter latino y las estructuras de nuestros sistemas políticos. Se tienen metas a largo plazo cuando se ha logrado una madurez y se ha llegado a establecer una estructura caracterológica basada en sistemas con capacidad para posponer. El carácter del mexicano, del latinoamericano en general, es impulsivo y voluble. Probablemente nuestra herencia española, y en Sudamérica italiana en ocasiones, nos hace poco capaces para posponer. Nuestra herencia católica llena de culpa, arrepentimiento y perdón, nos tienta a la acción inmediata y poco planeada, ya que tenemos la oportunidad

de la salvación posterior en este mundo o en el que nos han prometido vendrá después de la muerte.

La familia de clase media en México quiere dar a sus hijos la mejor educación. Esto, desde luego, es algo laudable. El problema es que no se ha diferenciado entre lo que es esencial y lo que no lo es, en cuanto a la educación se refiere. Las clases medias en Latinoamérica tienden a ser aristocráticas en sus sistemas de vida, debido a su reducido número frente a la gran mayoría privada no sólo económica, sino social y culturalmente. Es así que tanto en la casa como en la escuela, los hábitos, las maneras, la ropa y los detalles, son cuidados con esmero. La buena conducta con el correspondiente sistema de la estrellita en la frente, es una práctica usual en las escuelas de clase media y acomodada. El uniforme impecable y los forros de los libros se convierten en los signos de diferenciación de una buena educación. Si se les dice **miss** o **teacher** a los maestros, esto hace a la escuela confiable para que los padres piensen que sus hijos hablarán inglés. Si el colegio tiene un nombre inglés es mucho mejor. Los padres de familia discuten y buscan la mejor escuela, pero en realidad ésta no se encuentra por ningún lado. El negocio de los uniformes y los libros es más importante que la pedagogía. Lo marginal se vuelve el foco de atención y lo esencial pasa al olvido.

· Por otro lado, existen escuelas que tratan de contrarrestar estas cualidades "burguesas", pero se encuentran en el caos, la confusión y la improvisación, por lo que su confiabilidad se reduce al mínimo.

Sin embargo, la familia sigue preocupada por la educación de sus hijos y sabe que un título los proveerá de una posición media dentro de la sociedad. Porque fuera de la política las profesiones todavía proporcionan la oportunidad de la movilización social. Sin embargo, cada día más, los profesionales se vuelven parte de un proletariado, de una clase dentro de otra clase que no sólo vive de un salario y es explotada por una minoría dentro de otra minoría que tiene más relaciones o se ha asimilado y aprendido las maniobras de movilización dentro de su profesión. El sistema de tabulaciones basado en los estudios, capacitación, entrenamiento, experiencia de trabajo, no existe en México. Los profesionales lo saben y las relaciones de trabajo se manejan a un nivel puramente personal-afectivo. Los sexos, naturalmente, cobran importancia en las relaciones profesionales y de trabajo. Cuando una profesión nace con un número mayoritario de mujeres, la carrera se abarata dentro del mercado profesional y de esta manera se perpetúa el paternalismo y la discriminación hacia la mujer. Entre más baja sea la jerarquización profesional, la mujer es más vista como objeto sexual que como una persona que presta sus servicios profesionales.

El profesionalismo tampoco existe y los niveles de comunicación son llevados a cabo en forma indirecta e informal. Los trabajos y los libros se fermentan en el café y ante el ruido de las copas.

Los estudiantes aprenden desde la escuela que los maestros no sienten respeto por ellos. El maestro los cita y ellos esperan y esperan. . . Los recién salidos de la universidad toman posiciones importantes en las instituciones, y los asesores se convierten en tales debido a recomendaciones.

La familia como entidad creadora de criaturas para la clase media observa, aprende y estructura hábitos para preservar dicha especie. Toma en cuenta dichas maniobras y estrategias y manda a sus hijos a escuelas donde éstos puedan relacionarse bien y donde puedan fomentar posiciones en el futuro.

En México no sólo los sistemas políticos se han institucionalizado, sino también las profesiones, la familia y las ideas. Todo forma parte de una institución que centraliza toda formación grupal que se da en la sociedad. De esta manera, la intelectualidad en México, desde hace mucho tiempo, está de acuerdo con todo lo que sucede. Se sabe que el reconocimiento de los esfuerzos institucionales lleva a los intelectuales a tomar, por ejemplo, embajadurías a través del mundo y que se vuelven los defensores más fieles a las instituciones desde el extranjero. Desde arriba se hace un gran esfuerzo para integrar, asimilar e institucionalizar a las clases medias de México. Éste es y será el esfuerzo de las próximas generaciones políticas y en buena parte el éxito se empieza a vislumbrar con rapidez. Cuando la clase media quede totalmente institucionalizada, la estabilidad siempre deseada llegará al fin, y la familia nuclear y extendida formará parte de la gran familia mexicana. Así, en el futuro habrá una gran familia donde los intelectuales, los profesionales y los nietos de los hijos profesionales e intelectuales formarán una gran institución con todas las características y cualidades de la gente institucionalizada.

Todo esto no sería grave si dichos grupos tuvieran otras características. Pero desafortunadamente usamos el abstraccionismo como instrumento represivo, la teoría y la crítica sin alternativas domina nuestro pensamiento. Una mente práctica, orientada a las soluciones, no es parte de nuestra herencia cultural. El misticismo y el escapismo discursivo y retórico nos han llevado a las formas más avanzadas de la demagogia. Se habla de resolver los problemas del Tercer Mundo y la paz mundial, cuando no tratamos de resolver problemas en el aquí y el ahora. En psicoanálisis, como en la terapia de grupo, esto se confronta y se llama simplemente evasión o intelectualización, pero en nuestra sociedad actual se le llama visión histórica.

Las posibilidades y alternativas para las familias de profesiona-

les e intelectuales tienen una responsabilidad: la de formar y fomentar una manera de enfrentarse a los problemas cotidianos; la de reaccionar y actuar de acuerdo al aquí y ahora; la de buscar soluciones y alternativas a los problemas diarios; la de enfrentarse no sólo al subdesarrollo económico, sino al profesional y cultural; la de sugerir y llevar a cabo formas profesionales basadas en el respeto y la evaluación honesta de los que prestan servicios.

La institucionalización y burocratización de la inteligencia y la ciencia puede ser evitada si se practican en la vida diaria formas menos patrocinantes y más democráticas de trabajar. Todo esto puede empezarse a aprender dentro de la familia y así preparar a las nuevas generaciones de una manera más independiente, democrática, autónoma y digna.

Es importante que los padres exijan, porque es su derecho, que las escuelas enfoquen su atención a la pedagogía moderna y no a las formas convencionales burguesas. Que los profesionales demanden programas de educación continua en sus lugares de trabajo; donde se aprecie la capacitación a las nuevas necesidades y requerimientos sociales, y donde exista un sistema de evaluación donde las promociones sean dadas de acuerdo a los valores de la eficacia y no a los tradicionales valores de la simpatía y la sumisión.

### **La familia como grupo terapéutico**

Cuando hay una situación de emergencia en México se recurre a la familia. Si se requiere un préstamo, se tiene un niño, alguien ha perdido su trabajo, se busca empleo, sucede un divorcio, un desequilibrio emocional, se recurre a la familia. La cantidad y variedad de situaciones donde los familiares intervienen como mediadores, prestamistas, conciliadores y agentes de estabilidad ante crisis, es innumerable.

Las funciones de la familia en México todavía son vastas y frecuentes. Los niños y jóvenes todavía se educan en el hogar, los ancianos y enfermos se cuidan y protegen en casa. Los afectados emocionalmente son "curados" por remedios caseros y con la presión grupal familiar. Se proporciona apoyo, calor, ayuda económica, al que ha perdido sus capacidades para funcionar temporalmente. Nadie se cuestiona si esta persona adulta ha sufrido una crisis emocional, simplemente se le saca del apuro y se le complementa en diversas formas y funciones. La psicología, la psiquiatría y los trabajadores de la salud mental tienen poca cabida en los sucesos de la vida diaria del ciudadano medio. Las fuentes de información psicológica son escasas y en la mayoría de los casos obsoletas.

La familia está preocupada por la supervivencia de los que están por formarse y por su estabilidad emocional. Es en esta forma que toma parte activa para establecer, transmitir y valorar patrones que mantengan la continuidad fuera de la situación familiar. Cuando el individuo falla fuera del sistema familiar, la familia no vacila en abrir sus brazos al caído; lo protege y actúa como el más leal de sus servidores. La familia se convierte en resorte y muelle, así como en revitalizador y reformador de cada uno de sus miembros.

La familia mexicana está orientada hacia el grupo. El individualismo no es permitido y las decisiones son tomadas en forma colectiva. Nadie en la familia se atreve a imponer su voluntad en forma directa; sin embargo, todos tratan de decidir dónde debe estudiar uno de los miembros, a qué lugares asistir, qué amigos frecuentar, qué ropa y qué estilo de peinado se debe usar. La familia sirve de barómetro a cualquier desviación de sus integrantes. El manejo de tensión del grupo es importante para el mismo. Cuando la tensión aumenta, la cohesividad también crece. Sólo que la tensión sea excesiva surgirán los síntomas de desorganización. Cuando se presentan los primeros síntomas de disensión, la familia opera sus mecanismos de alerta. Cuando continúan dichos signos, las pinzas de la familia empiezan a apretar y se mueven todos los medios para lograr el fin de la cohesividad a todo precio.

En un sistema de lealtad y expectativas como es el de la familia mexicana, lo más importante es el equilibrio del sistema. La familia es estabilizadora, homeostática, integradora y terapéutica. La educación, la salud y la selección sexual, todavía son funciones de la familia. Dicho sistema construido en dicha forma tiene aspectos que ayudan al equilibrio de sus miembros. Debido a sus características y cualidades tradicionales y conservadoras, es al mismo tiempo un grupo conflictivo para el crecimiento, la creatividad y el desarrollo de los procesos de individuación y autonomía. Una familia saludable y funcional es aquella que vive en el aquí y en el ahora sin negar su pasado y además pensando en el futuro. Tiene la capacidad de adaptarse a las nuevas necesidades, la información que nos proporciona la ciencia y las ventajas que nos permite la tecnología; permite los logros personales de sus miembros, aparte de los logros del grupo; promueve y facilita las diferencias como rasgos aceptables; admite y promueve la movilización; acepta la mezcla con otras razas, religiones y costumbres; actúa y vive en forma progresista, aunque en la familia no se hable necesariamente de marxismo; tiene una actitud real de respeto y aceptación hacia el niño, la mujer y las relaciones sexuales, aunque no se hable de la apertura y de las transformaciones sociales; enseña y educa a los hijos con el ejemplo, no con la

palabra; no habla de honestidad y da mordida todos los días; no habla de justicia y golpea a sus hijos cuando está enojada; no habla de progreso cuando sus actitudes y estilo de vida son conservadores y tradicionales. Esta familia podrá sobrevivir al progreso, la tecnología, la ciencia, los problemas urbanos y las crisis en general.

Sin embargo, hay ocasiones en que la familia por sí misma no es capaz de funcionar, de cambiar y de poder modificar conductas destructivas y manifestaciones de desintegración, tales como problemas de aprendizaje, delincuencia, dificultades en el manejo de los hijos, etcétera. Es entonces que se puede recurrir como una posibilidad, si la situación es indicada, a una terapia familiar, donde un psicólogo puede ayudar a la familia a ayudarse a sí misma. La terapia familiar como una forma de psicoterapia es de reciente extracción y se inició como una actividad realizada por personas que habían empezado generalmente haciendo terapia individual. Debido al entrenamiento para tratar y producir cambios a un nivel individual, trataron de idear nuevas técnicas para trabajar con el grupo llamado familia. En un principio, o sea, durante la década de los sesentas, no había mucha comunicación entre los terapeutas de esta nueva modalidad; de ahí que cada uno de ellos fue desarrollando técnicas, lenguaje y formas particulares con los mismos propósitos. Sin embargo, el cambio de tratar a un individuo para hacerlo con una familia fue difícil. Por otro lado, se ha visto que tratar a grupos y procesos grupales facilita más la práctica de la terapia familiar.

Así, la terapia familiar es considerada y forma parte de lo que se llama terapia de grupo, y aquellas personas que han sido entrenadas y han trabajado con grupos tienen y cuentan con más elementos para entender los procesos grupales, familiares o extra familiares. Hay dos diferencias básicas entre hacer terapia familiar y de grupo no familiar. Primero, los miembros de una familia que vienen a la sesión volverán a sus casas y se seguirán viendo todos los días. Además, la familia tiene una estructura establecida por años con funciones específicas de parte de sus integrantes. En cambio, en la terapia de grupo no familiar, después de cada sesión, cada uno se va a su casa. Los participantes de un grupo no familiar se ven unos a los otros en un principio como seres extraños a los cuales no se sabe cómo tratar y comunicarse con ellos. Si ahondamos más en los detalles de estas diferencias, se puede notar que en realidad algunas familias se comunican menos que otros grupos no familiares y que en poco tiempo resultan menos extraños sus participantes de lo que sucede en una familia. Por otro lado, si los miembros de un grupo no familiar se han visto por varios años en tratamiento, encuentran en dicho grupo personas parecidas a su familia original. Cuando se ve a una familia se

puede notar que, a su vez, los miembros del grupo familiar ven a sus padres o hermanos fantaseados en tal manera, que dichas fantasías son del orden casi universal en una población dada y tienen poco que ver dichas con la realidad de las personas de su familia.

Esperamos que la creciente literatura y experiencia que se ha logrado en el campo de las terapias de grupo y de la psicología de la comunidad, empiecen a dar estructura y solidez a una nueva modalidad terapéutica. Lo que se trata en la terapia familiar, como en la del grupo no familiar, es de usar los recursos humanos y las transacciones que ocurren en un grupo cualquiera para obtener las modificaciones de patrones de conducta rígidos que no son funcionales para el individuo, la familia y la sociedad. Así, la terapia del grupo familiar viene a constituir sólo otra modalidad terapéutica que puede ser usada cuando las condiciones lo ameriten. Cuando la familia por circunstancias específicas no puede reunirse, la modificación del individuo o individuos en terapia individual, marital o de grupo no familiar, a su vez modificarán el sistema familiar como una parte integrante del mismo. La importancia de la terapia familiar ha sido tanto para el avance de la ciencia como para el beneficio de la familia. La terapia familiar ha tratado de ir más allá de la tradición psiquiátrica y psicoanalítica y su lucha financiera y monopólica, por lo menos en países donde el enfoque interdisciplinario es importante.

Tanto la familia nuclear como la extendida se han visto confrontadas con sus rigideces y sus prejuicios, así como las técnicas psicoterapéuticas que se han revaluado junto con el obsoleto modelo médico basado en el superficial y esquemático diagnóstico sintomatológico, para dar cabida a un proceso de desmistificación en la salud mental, el trabajo comunitario y las disciplinas y actividades que estudian las relaciones humanas. En fin, es una tendencia más hacia el uso democrático, hacia el uso de los seres potencialmente capaces de modificación en donde los recursos de los participantes son utilizados al máximo para producir cambios. La premisa teórica de los psicoterapeutas familiares es que el grupo es un agente terapéutico y un facilitador de cambios prodigioso.

El grupo familiar, como otros grupos, seguirá siendo usado en el mundo civilizado con más frecuencia, dejando atrás poco a poco la idea extemporánea de que las dificultades de las relaciones interpersonales también pueden ser resueltas con la sabiduría del galeno en un ambiente secreto donde nadie tiene el derecho de saber lo que acontece y donde se siguen utilizando medidas e instrumentos que tienen poco que ver con el desarrollo y los nuevos conocimientos de las ciencias humanas. Esperamos que en

México se aprenda de otras experiencias en diversas partes del mundo, para que la utilización de los recursos humanos, junto con nuevas modalidades terapéuticas, sirvan para ayudar al mejoramiento del desarrollo humano.

### **Evolución de la familia: un enfoque intercultural**

En varias etapas de la evolución de la familia hemos observado, como trabajadores de la salud mental, tanto en los Estados Unidos como en México, donde hemos vivido y trabajado, específicos procesos familiares diferentes. Entre estas diferencias están las maniobras que ambos sistemas familiares usan para manejar cada etapa importante en sus vidas. Estas estrategias son interdependientes, se sobreponen y pueden cambiar con el tiempo. Cada familia enfoca ciertos aspectos psicológicos, los cuales se vuelven relevantes para el desarrollo de sus miembros. Cada etapa se maneja en forma diferente en ambos sistemas, y tales fases son determinadas por diferentes estrategias, las cuales son influenciadas por el contexto familiar donde dichas familias existen. Tales procesos no sólo determinan experiencias y procesos psicológicos, sino diferentes estructuras de carácter, de valores, modos de funcionar y maneras de verse a sí mismos y a los demás.

Nuestra discusión concierne a la clase media y urbana de ambos países. Estamos asumiendo que la variedad étnica en la familia americana de clase media ha sido básicamente diluida por el fuerte proceso de americanización.

Etapas de la familia y sus estrategias:

Desde el momento que un niño nace, notamos diferentes formas de manejo para el recién nacido en cada sistema familiar.

En la familia estadounidense, tal manejo está caracterizado por la restricción física impuesta en el niño. El niño es sujetado al cochecito, el **stroller**, la silla alta, o se le coloca en el corral. El niño no se puede mover libremente, y la inmovilidad es altamente apreciada por la madre. Los niños que no son físicamente quietos son a menudo diagnosticados como sobre-estimados o intranquilos, y algunas veces la familia piensa en la necesidad de que un experto se una al sistema para calmar al niño. Más tarde, si el niño no se vuelve menos activo y va al jardín de niños, las maestras se preocupan y se unen a la familia para reforzar la restricción física hasta que el niño recoge el mensaje. La restricción física y sus resultados son considerados como parte del proceso de socialización.

En las familias mexicanas, una tendencia a sobreproteger al niño toma lugar en esta etapa. Los niños no son sacados fuera del hogar aun si el clima es apropiado. Para la familia mexicana es

importante que el niño esté seguro y protegido, y para este propósito egos auxiliares, tales como la familia extendida, trabajadoras domésticas, vecinos y amigos, surgen alrededor de él todo el tiempo. De esta manera, el niño crece encerrado, sobreprotegido y abrumado.

Cuando el niño está teniendo un sentido de sí mismo y empieza a decir no, los familiares reaccionan y manejan este reto con sus propias maniobras.

La familia estadounidense enfatiza la internalización. El niño aprende rápidamente lo que se espera de él. El retiro del amor es usado como un instrumento para "civilizar" al niño. La obediencia a una autoridad interna y sus símbolos se vuelven muy significativos para la regulación de la autoestima. Un fuerte énfasis en la internalización puede llevar a los nuevos miembros de la familia a ser manipulados desde dentro para ser esclavizados por expectativas internas, esperanzas, miedos, atribuciones, ideales, que en realidad pertenecen a otros miembros de la familia, básicamente los padres. Expertos, como símbolos de autoridad, se vuelven egos auxiliares para el sistema familiar. De esta manera, un libro escrito por uno de estos expertos influye en la vida de millones de padres e hijos.

En las familias mexicanas los niños aprenden a seducir y manipular. Las madres recurren al castigo físico muchas veces. Tal recurso existe en las familias estadounidenses, pero su efectividad se pone en duda, mientras que en las familias mexicanas dicho recurso es considerado como natural de una acción disciplinaria apropiada. El convencer y explicar son maniobras casi desconocidas a la familia mexicana. La negociación como instrumento para resolver tensiones e intereses en conflicto no es considerada.

En la familia estadounidense si la constricción física y la internalización no han sido suficientes, la verbalización entra a tomar un lugar relevante en la vida del niño y esto viene a reforzar el proceso de internalización, además del retiro de amor. Los niños aprenden a verbalizar todo y la comunicación no verbal se vuelve insignificante. La expresividad del cuerpo y las emociones se vuelven rasgos indeseables, los cuales necesitan ser suprimidos al servicio de la verbalización. Los miembros de la familia son capaces de hablar acerca de los temas más airados sin movimientos físicos y sin mucha respuesta emocional. La verbalización tiene el propósito de reforzar valores, normas, regulaciones y patrones; así el niño no tendrá dificultades en el futuro para saber lo que se espera de él. La verbalización se puede convertir, para los miembros de la familia, en una pared de palabras, en una maniobra de distanciamiento que refuerza la creencia de que la cercanía física y emocional no es necesaria. Hablar se vuelve más importante que experimentar.

En las familias mexicanas, si el castigo físico no es suficiente, la jerarquización lo refuerza. La familia mexicana es piramidal. La distribución del poder está cuidadosamente distribuida, viniendo de arriba a abajo; del padre, en lo alto, a la sirvienta, en la base. La importancia de la autoridad está en posición de demandar respeto de todos, pero lo opuesto no sucede. A través de la jerarquización la familia mantiene más control de sus miembros y de esta manera sostiene el **status quo**. Esta estructura puede llevar a sus miembros a valorar a la gente en términos del **status**, a mirarse a sí mismos de acuerdo a su posición en la escala y a la adquisición de una mente jerarquizada. En esta etapa, los niños aprenden o no a hablar acerca de ciertos aspectos y tópicos. Los padres se vuelven silenciadores. Esta estrategia es una manera de censurar lo que los padres consideran que no es apropiado para hablarse. Porciones masivas de tópicos sobre la autoridad, religión y sexo son expulsados del sistema de comunicación. "No hables en esa manera a tu padre", "tienes que respetar a tu madre", "no hables de estas cosas en tu casa", son maniobras usuales.

En la etapa donde los jóvenes dejan la casa, el cómo y cuándo están determinadas por las familias de ambos sistemas y los miembros directamente interesados, en este caso los jóvenes tienen poco que hacer con tales decisiones.

En las familias estadounidenses se espera que los jóvenes dejen su hogar alrededor de los veinte años. Si no se van a esa edad, arriesgan el ser considerados inmaduros, si tienen suerte. En algunas ocasiones, si el joven quiere quedarse en casa o si no está listo para partir, hay toda clase de presiones; así, el joven es forzado a cambiarse tan pronto como sea posible. El sistema del **College**, amigos y la sociedad en general, apoya a la familia para deshacerse del joven, logrando de esta manera lo que se espera y es socialmente aceptable. En algunas ocasiones, cuando el joven no está listo para partir, pero está presionado para hacerlo, puede encontrarse a sí mismo jugando al adulto, acostándose por donde quiera en una clase de pseudosexualidad, con el profundo propósito, en realidad, de satisfacer necesidades de dependencia para combatir el aislamiento, la soledad y la nostalgia. Si el joven tiene suerte, se casa tan pronto como es posible.

En las familias mexicanas no se espera que el joven deje el hogar hasta que se case. Si él o ella dejan el hogar antes de casarse y además quieren vivir en la misma ciudad, esto es considerado como una desgracia familiar, una grosería o un rechazo de la familia. Él o ella tienen que encontrar una buena excusa e ir a otra ciudad o país para mejorar intelectualmente, por ejemplo; así la familia no sentirá que ha fracasado. Si el joven deja su hogar y no hay una buena excusa, la familia como un todo siente que ha

fracasado en su intento de mantener a todos sus miembros juntos. La familia empieza a preguntarse qué es lo que está mal y llega a preguntar al miembro disidente en qué aspecto está insatisfecho y qué quiere de la familia. Las madres lloran; los padres amenazan, y el miembro es presionado a quedarse.

Cuando el joven de la familia estadounidense se casa y tiene niños, éstos muchas veces no tienen contacto con la familia extendida. La familia nuclear tiene que enfrentarse a su aislamiento. La tarea de sus miembros tiene que ver con la diferenciación desde dentro. Este sistema produce miembros con gran movilidad espacial y capacidad para los cambios.

Cuando el joven de la familia mexicana se casa y tiene hijos, éstos conservan fuertes lazos con la familia extendida y tienen que enfrentarse a su fusión. La tarea de sus miembros tiene que ver con la diferenciación desde fuera. Este sistema produce miembros con capacidad de calor y lealtad a los suyos.

### **La familia frente al cambio**

El ser humano tiene una tendencia a resistir lo nuevo. En parte tiene razón, porque no todo lo nuevo es necesariamente saludable para las personas; por otro lado, el cambio es relativo y en ocasiones difícil de valorar en todas sus dimensiones, ya que es el producto de muchas influencias y potenciales. Además, es lento y requiere del esfuerzo, así como también implica pérdidas.

En México hay una resistencia poderosa al cambio. Nuestra sociedad no fue fundada por personas deseosas de establecer un nuevo mundo diferente al que estaban acostumbrados. Unos luchaban por conservar el que tenían y los otros por imponer el suyo, pero ninguno de los dos bandos por crear uno nuevo.

Las personas, como los sistemas sociales, necesitan de cierta seguridad básica y cierta insatisfacción, al mismo tiempo, para desear cambios. Las familias, como los individuos, no quieren cambiar, por más desesperados que se encuentren, y esto sucede con mayor razón si no existe confianza en su moldeabilidad en los demás y en otras instituciones. La inseguridad y la completa falta de equilibrio no propician el deseo a cambiar. Sólo la combinación de cierta satisfacción con la motivación de un mejor futuro reúne las condiciones para que se produzca un cambio.

Las condiciones no deben ser sólo internas, sino externas también; si se quiere cambiar de trabajo se necesita un mercado para poder hacerlo. Ningún cambio individual o grupal se lleva a cabo en un vacío social.

En México, se puede decir que aquellas minorías que tienen una

educación y una visión de lo que puede ser otra forma de vida, generalmente no son hombres de acción. Se dedican a dar clases, a escribir en un periódico o revista, tienen un trabajo de cuello blanco o un trabajo honorario en el gobierno. En realidad, no se sienten parte de una élite, como se ha creído, y su resentimiento se expresa algunas veces en un radicalismo poco realista o en una actitud por encima de todo. El individuo de esta minoría muestra una falta de liderazgo sorprendente y hay una clara división entre sus ideas abstractas sobre la vida cotidiana y su falta de sentido común. Todo esto lo hace ser una persona poco práctica en cuanto al cambio se refiere y su participación es nulificada y su influencia centralizada hacia una pequeña minoría, rompiéndose así los más elementales principios de la comunicación colectiva.

Una de las salidas frente a la impotencia de no poder producir cambios ha sido la imitación. Copiamos las actitudes fáciles del llamado Primer Mundo, sin modificar nuestras estructuras rudimentarias y optar por unas más avanzadas en las áreas del trabajo, la democracia y la independencia. En realidad, nos damos cuenta que las condiciones de México para la originalidad son vastas. Es en este contexto que los expertos, técnicos y políticos, pueden coordinar sus esfuerzos para que los cambios no sean meras caricaturas.

En países en desarrollo la modernización se convierte fundamentalmente en una imitación. Dicho proceso es perturbador y poco creativo. Por otro lado, no existen las oportunidades ni las condiciones para que se produzcan cambios. También podemos decir que no se ha aceptado honestamente que en ningún país del mundo occidental, si se siguiera el sistema del voto, la gran mayoría votaría en contra de cualquier cambio radical económico, social y sexual. La gente no quiere que cambien las relaciones de producción y los privilegios sexistas. Es así como surge la imitación como sustituto de lo moderno y sofisticado. El cambio, como un proceso de imitación, da la ilusión a la gente de que está cambiando y modernizándose, cuando en realidad se está perdiendo la identidad frágil y el principio de realidad que se tenía. Para que un cambio serio se produzca, se necesitan condiciones de cierta abundancia que pueden proveer satisfacciones personales, el desarrollo individual y social. Cuando dichas oportunidades no existen, la gente se vuelve propensa al resentimiento o tienden a creer en la demagogia y a apegarse a principios ideológicos por más efímeros, obsoletos y poco realistas que sean. El proselitismo, el fanatismo a un grupo o ideología crecen fácilmente bajo tales circunstancias. Forjar una ilusión de cambio ante la falta de medios para producir dichos cambios es una forma muy peligrosa de crear lo que se puede llamar una psicología de la deprivación,

que conduce a las personas a ser más susceptibles a la sugestión, lo que ha llevado a los pueblos a las dictaduras o al caos.

El deseo de algunos de pertenecer a una sociedad como las del llamado Primer Mundo, los hace fingir en forma apresurada formas que están lejos de alcanzar, sólo para reducir los sentimientos de inferioridad. Dicho deseo ilusorio de transformación los hace negar nuestra realidad social y los hace olvidar que podemos actuar con las posibilidades y recursos con que contamos. La historia de nuestras ideologías es la historia de nuestras ilusiones importadas.

Por otro lado, en realidad no imitamos lo nuevo, sino muchas veces lo que ha dejado de serlo. Debido a nuestras minorías profesionales, en el momento que tenemos **status** no lo queremos dejar, pues nos resultaría en una pérdida significativa. Además, el abandonar viejas formas y estructuras que nos han dado resultados y satisfacciones nos produce inseguridad. Estos pequeños grupos son los que menos desean cambios, pues sus modelos técnicos y profesionales les han dado prestigio y ganancias que se resisten a abandonar por ciertos "aventurismos del progreso"; así, estas minorías se convierten en los defensores del conservadurismo y el **status quo**.

Y precisamente de la familia se esperan aportaciones importantes para una nueva sociedad. Es ahí donde básicamente se aprenden hábitos, valores, actitudes, modelos de vida, y donde se puede desarrollar la capacidad para crear y adaptarse a un mundo nuevo. La familia es el ambiente donde los niños crecen y se desarrollan. Se da cierta estabilidad y seguridad emocional. Se transmiten conocimientos de otras generaciones y se forma un sentimiento de continuidad. Se proporciona un lugar social y geográfico en el universo. Se crea un sentimiento importante de pertenencia y de contacto con el campo social. Se satisfacen las necesidades de dependencia y los afectos necesarios para producir una personalidad balanceada. El niño se socializa y aprende formas de comunicar, pensar y actuar en la sociedad en que vive. Se aprenden formas cíclicas de reproducirse y agruparse a través de la estructura familiar.

Pero también, y esto es importante, la familia tiene la función de ayudar a sus integrantes no sólo a amortiguar las presiones del mundo exterior, sino a desarrollar la capacidad, la flexibilidad, la moldeabilidad y la necesidad de ayudar a producir y participar en los cambios y a adaptarse a los mismos. Los padres tienen que formarse la idea de que sus hijos pertenecen a otra generación y no pueden seguir inculcándoles los estilos de vida de sus antepasados. Ayudar a diferenciarse a sus hijos es una necesidad para que éstos puedan crear sus propios sistemas de valores para vivir en otra

época y poder funcionar de acuerdo al contexto histórico en que viven. Así, preparar a los hijos al cambio es una parte fundamental de la educación familiar, para que los hijos no imiten y traten de fingir formas ajenas a las suyas. Los vínculos de la familia no deben ser fortalecidos únicamente, sino que deben ser modificados y mejorados. Un estereotipo, por ejemplo, es que la desunión en la familia es la causa de todos los males sociales.

Como psicólogo que trabajo con familias, he observado a diario que hay uniones destructivas, rígidas, autoritarias, que no conducen a la estabilidad emocional. Uniones de tipo simbiótico que no conducen al respeto del individuo y al desarrollo de la autonomía. Así que lo que se requiere no es sólo estabilidad a cualquier precio, sino un equilibrio conducente a la satisfacción personal y al desarrollo y crecimiento de todos. A una estabilidad y equilibrio satisfactorios. La familia tiene la función de proporcionar dicha estabilidad para que sus participantes se sientan con deseos de arriesgarse, de exponerse y con deseos de cambiar. En suma, podemos decir que la familia tiene todavía funciones importantes para la sociedad en que vivimos, pero necesita ser modificada y volverse funcional, flexible y moldeable a las necesidades de nuestro tiempo, las que se incrementan cada vez más, mientras los satisfactores van decreciendo. Todo esto llevaría a que los miembros de la familia esten más preparados y dispuestos a movilizarse y buscar nuevos estilos de vida más satisfactorios, efectivos y concretos a una específica realidad social.

### **La sobrevivencia de la familia**

La familia mexicana de clase media es relativamente pequeña en comparación con el resto de las familias del país; sin embargo, vive y depende de una clase baja y rural más extensa, la cual necesita emanciparse y liberarse en todas sus formas de vida. Ambas clases son indudablemente interdependientes. La clase alta, que es mucho más pequeña y que en ocasiones por generaciones hereda dicha posición en la estratificación económica y social, también dependen de las otras dos clases. A pesar del mito de la libertad que goza la clase media en sus actividades para la sobrevivencia, también necesita liberarse del patrocinio sutil y continuo de la clase alta. La sociedad en su totalidad, como un sistema, funciona debido a las dinámicas y paradojas de las combinaciones de las relaciones entre dichas clases sociales. Una clase social depende de la otra, y la distribución del dinero, el poder y otros privilegios y satisfactores está determinado por las relaciones de dichas clases sociales. Como todo sistema se modifica al cambiar uno de sus elementos, también se modifica su relación con las otras partes.

Es la clase media la que cuenta con las posibilidades para producir cambios sociales. Se puede obtener la fuerza de la mayoría para producir cambios, pero se necesita la ideología, la planeación y la estrategia de la clase media para hacer efectivos dichos cambios. La clase alta tiene muchos privilegios para desear producir cambios. La clase media puede influir a las mayorías, incluyendo aun a la clase alta y, por lo tanto, tiene más recursos de los de que está consciente.

La clase media en México arrastra una tradición de pasividad y una orientación muy fuerte hacia la acomodación social. La adaptación que implica un movimiento doble de influenciar y ser influenciado, de cambiar y ser cambiado, no es precisamente la característica de dicha clase. Existe, por otro lado, una fuerte tendencia a la imitación de patrones culturales ofrecidos por sociedades con más pretensiones económicas y tecnológicas, y esto ocasiona un problema de identidad y de irrealidad. El cambio no opera dentro de los términos realistas del contexto mexicano al tratar de asimilar e importar cambios que nos vienen de fuera.

La familia mexicana de clase media es el blanco y agente de dicha transformación cultural. La herencia histórica, con sus sistemas de valores diferentes, y la evolución genética y cultural a través de los siglos, le da al sistema de la clase media ciertas características y cierta estructura que le son únicas. La familia como un elemento transicional entre el individuo y la comunidad es una parte intrínseca y relevante de la sociedad, y un factor integrador y estabilizador de la misma.

La familia extendida como se entiende en México no existe ya en algunas sociedades industrializadas y la falta de dicha constelación familiar está siendo definitivamente un elemento perturbador para las mismas. La desintegración, la falta de estabilidad y entendimiento entre los niños, los adultos y los ancianos, no puede traer consigo más que la interrupción de la comunicación y la falta de cohesividad necesaria para llevar a cabo tareas que requieren la cooperación efectiva de todos. La falta de respeto de una generación a otra, así como la falta de entendimiento, han motivado la formulación de teorías justificando y racionalizando dichos fenómenos como si fueran parte de la evolución social. No se ha querido admitir que dichas perturbaciones responden a una falla en el sistema, sino que se afirma que dichos fenómenos sociales son productos del progreso y la civilización.

Las familias mexicanas tienen en realidad diferentes problemas que plantearse. Uno de ellos es, todavía desafortunadamente la sobrevivencia para la mayoría; la migración de la gente del campo a la ciudad; el hecho de que una sola ciudad, como es la ciudad de México, contenga el 20 por ciento de la población total del país;

que dentro de algunas décadas la gran mayoría de la población será urbana si se sigue la corriente migratoria, etcétera.

Estos problemas son un reto a la clase educada y los planeadores sociales. Es la clase media la que puede sugerir e incrementar un contrato más equitativo de trabajo, salarios más allá de la sobrevivencia y prestaciones sociales a todas las gentes que realizan una labor. Así, la mitad de la población estaría protegida legalmente, lo cual cubriría la gama del desempleo, subempleo y trabajo temporal. La creación de programas vocacionales y de entrenamiento en forma masiva, acompañados de un programa de oportunidades para el emigrante del campo de acuerdo a su realidad inmediata, así como la formación de un nuevo mercado de trabajo para dicha gente, serían indispensables en un futuro para la absorción y asimilación de dicha población, si no se desean millones de gentes marginadas. Probablemente será inevitable el control migratorio hacia la ciudad de México si se quiere evitar una mayor desorganización social en un futuro próximo.

La clase media también podría luchar para llevar a cabo la interrupción de la herencia del poder y así crear una distribución equitativa de la riqueza y el poder a través de nuevas legislaciones sobre la transmisión de herencias de grandes fortunas y de los medios de producción.

La familia de clase media necesita ganar más conciencia de sí misma y de sus posibilidades. Necesita adaptarse a los cambios y al reto del futuro. La clase media, como la más educada, informada y sofisticada, podrá tener como ejemplo a otras sociedades que han entrado en un periodo de desarrollo industrial y tecnológico para no cometer los mismos errores y básicamente tomar en cuenta el hecho de que se pueda evitar la autodestrucción. La familia en los Estados Unidos prácticamente ha sido abolida y sus efectos en la población han sido tremendos. La cantidad de gente sometida a algún tipo de psicoterapia es increíble. Existen más de 15 millones de personas recibiendo algún tipo de tratamiento psicológico en el país (M. Sheperd y M. Lee, 1970). No se puede concebir una sociedad donde una buena proporción se dedica a curar a la otra, donde se tenga que recurrir a la creación artificial de madres, padres, familias y comunidades de familias.

Por otro lado, debemos reconocer el efecto de un sistema familiar autoritario, como el mexicano, que demanda conformidad limitando la autoexpresión, exploración y participación activa hacia el ambiente. Tal sistema familiar es un agente inhibitor que no facilita el desarrollo de potenciales y talentos. La pasividad, así como la mistificación de la maternidad, la autoridad y otras figuras reales y simbólicas, no ayudan a la estructuración y diferenciación de los diversos sistemas sociales operantes. No se

está ayudando a que desarrollen una actitud y un sentimiento que ofrezcan al individuo la capacidad y el deseo de ser modificados y modificar sistemas sociales para hacerlos más efectivos y apropiados a las necesidades de todos sus integrantes.

En el momento en que al niño se le permite en la familia expresarse, verbalizar, criticar y ser informado de los sucesos familiares y participar en las decisiones de acuerdo a su edad y su madurez emocional, estará equipado y preparado para hacer lo mismo fuera del sistema familiar, en vez de adoptar una actitud de indiferencia o de impotencia ante los fenómenos económicos, políticos y sociales. Si el niño es castigado físicamente por estar en desacuerdo y tratar de diferenciarse como ser humano, tendrá miedo y hasta pánico de ser activo y participar en la distribución de responsabilidades sociales en el futuro. El estilo de vida ciertamente puede estar influido por la herencia, pero muchas características son aprendidas y éstas son básicamente incorporadas y asimiladas en el sistema familiar.

Cada individuo es diferente y debe ser tratado en forma diferente. La familia debe tomar en cuenta dicha individualidad en cada uno de los niños y entender que un enfoque estereotipado en su educación es limitado, estrecho y arbitrario. La formación de reglas y regulaciones, de roles y funciones en la familia, requiere de enfoques más flexibles para satisfacer los requerimientos individuales de sus miembros, así como las necesidades creadas por los cambios sociales y las necesidades del desarrollo y el progreso.

La mistificación en todas sus manifestaciones, así como la creencia ciega en todos los principios establecidos y transmitidos por generaciones, no permiten al individuo adaptarse a las nuevas circunstancias y necesidades que ofrecen los cambios históricos, y aquellos que puedan adaptarse en forma activa serán los menos lastimados.

La clase media puede evitar la aglomeración de más cenicientas y de chivos expiatorios que ayudan a la muy relativa estabilidad y homeostasis del sistema social. Si la sociedad necesita la función de millones de pobres que en su mayoría ofrecen servicios a precios de sobrevivencia, para que de esta manera se puedan conservar ciertos privilegios y comodidades, cualquier sueño o fantasía de un sistema funcional y saludable quedará necesariamente en la mente de algunos como una simple utopía.